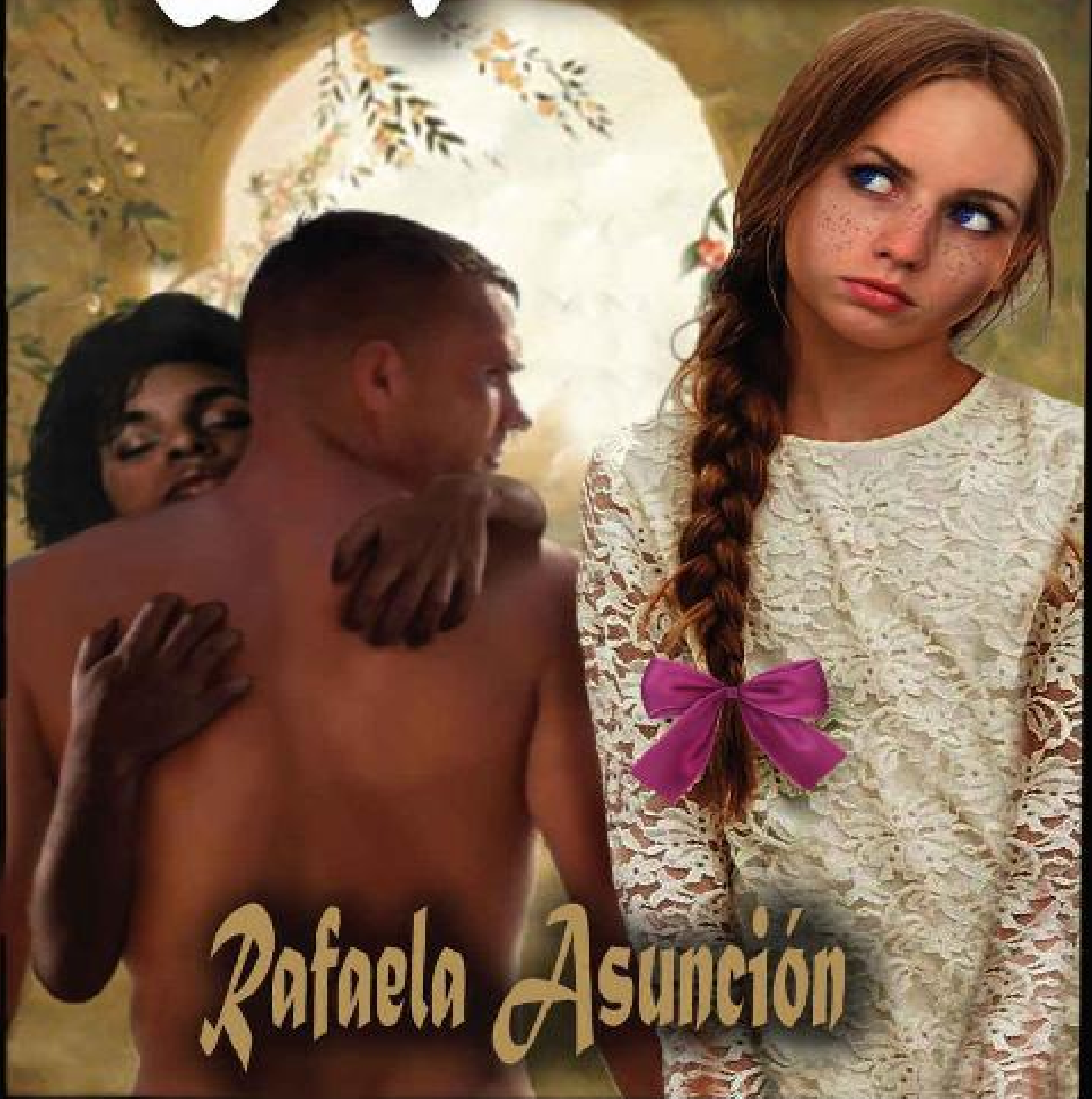


La Trinidad

Rafaela Asunción



La Trinidad

Rafaela Asunción

Publicado en Estados Unidos

Copyright © 2019, Rafaela Asunción

Copyright © 2019, Diseño de cubierta: W Diseños

Copyright © 2019, De esta primera Edición: diciembre 2019

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o retransmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra romántica y tal vez erótica. Ficción total. Si hubiese semejanza con personas vivas o muertas es una coincidencia no lamentable.

All rights reserved

Printed in the United States

ISBN: 9781675136508

Dedicación

A nosotras, no faltaba más. Ya sufrimos bastante, y nos merecemos una mirada eterna.

La Trinidad

Yo, Trinidad.

Nací en 1895, casi al inicio de una contienda que nos arrebataría a mi abuelo, don Ignacio, y un hermano mío, Prudencio. Se los llevaron a los campos sangrientos de batallas que creyeron guerra justa. No quisieron devolvernos sus cuerpos sin vida, para que resultaran menos dolorosas nuestras lágrimas. Los enterraron con apresuramientos de soldados perseguidos en alguna parte de los montes, por la costa sur de la Isla. Quedamos desamparadas dos hermanas menores, Locadia Caridad y Alberta Filonila, nuestra madre Angélica María y yo, Trinidad de las Mercedes.

Trinidad de las Mercedes es nombre compuesto y bonito que me pusieron, no al nacer, que yo llevaba otro cuando abrí los ojos, sino cuando tenía cinco o seis años y el cura de un pueblo cercano llegó con sus acólitos de batas blancas y cruz grande de madera, con campanitas que cabían en sus manos y un libro también grande, y él nos convocó, en la poza del río nombrado En medio y lo llamó Jordán. Convocó a todos los niños sin bautizar del vecindario. Éramos doce, y nos bautizó a todos como una recua de chivos, uno detrás del otro, amarrados por las cinturas. Nos bautizaba echándonos agua del mismo río y que dijo era agua bendita. Luego fue a casa del hombre que tenía una tienda allí mismo, pidió café y se sentó a dictar sentencia: «Tú ¿cómo te llamas? Yo, Saturnino Estarcacio. Feo nombre, dijo, ahora te pongo Pablo de Jesús, que suena mejor y más cristiano. ¿Y tú? Yo, Eutiquio Evilasio. Ahora lo veo claro, digo yo, mala cosa esa de llamarse Eutiquio Evilasio, se salvó en tablitas el primo. Así anduvo quitando y poniendo nombres hasta que me tocó el turno y yo estaba contenta con el que tenía, y con terror a que me pusiera otro distinto como se lo cambió a mi prima Turquina, porque había nacido por allá arriba, y le puso Pirminia ¿a quién se le ocurre ese nombre? Yo jalé la falda de mi madre, ella me dijo que sí, que estaba bien que me pusieran otro porque «ese que tienes, mal habido, me obligó el desgraciado de tu padre». Y el cura me señaló con una cruz de plata que llevaba colgada al cuello y dijo: Tú, pequeña, acércate. Yo me llamo Gorgonia Maguncia, señor. Horrible, dijo, como eres la última, te concedo la gracia de decirme el nombre que te gustaría llevar por el resto de tu vida. No tuve que pensarlo, me encantaba el nombre de la señora de la casa de la tienda y dije, yo quiero ser Trinidad de las Mercedes. Bien, sentenció, ahora eres Trinidad de las Mercedes, ¿te gusta? Sí, contesté.

Pues muy bien, dicho esto, yo misma me puse el nombre que llevo desde los cinco o seis años y me llamo Trinidad de las Mercedes Bustamante López, y me dicen Trini, y esta es mi historia.

Desde el primer día que lo vi bien, guiada por la curiosidad, algo se revolvió dentro de mí porque no atinaba a nada; no supe darle un orden ya supuesto a mis obligaciones de sirvienta y los nervios me llevaron al ridículo de tropezar con una de las sillas de la mesa grande del patio donde comían los hombres del cafetín, y él se dio cuenta, también los otros, pero aquellos guanajos con ropa no me interesaban tanto como él, ni siquiera supe sus nombres. Guapo y limpio y una sonrisa de almíbar. Fue amor a primera vista, como dicen, bueno no, a segunda vista, cuando el dueño me lo metió por los ojos, y yo pensaba que sería imposible, a mi edad, volverme a enamorar a los cuarenta años, si sacamos cuenta y ya estábamos a mediados de la década del treinta. Sí, cuarenta.

Aunque estoy fuerte y sana, y mi color amulatado tirando a negro, engaña. Si me salieran canas ya sería distinto. Los negros no tienen canas hasta que se pasan de viejos y cuando sucede ya no podemos medirle el tiempo porque tampoco se arrugan, como los muy blanquitos. Podría mentirle: «treinta», y me creería. Los hombres todo se lo creen de la mujer. Él, joven y lleno de vida, ninguno como él. Le calculé unos diecisiete. Diecisiete, no me equivoqué con la vista. Lo pienso y me produce un placer por todos lados que me deja sin aliento. Un niño para mí. Cuarenta contra diecisiete. Pasaría muy bien como el hijo que no tuve. Pero un hijo no se ama como a un hombre. Es amor distinto. Hay otros componentes en la fiebre que a una mujer le acalambra el cuerpo. Es otro anuncio de caos que surge desde no se sabe dónde y se traba una en un hilo de araña y los ojos nos traicionan y el corazón con sus brincaderos y la mente, que supuestamente debería pensar en todo, solo piensa en una cosa, como al caballo de tiro que les colocan dos cartones a los lados. Es distinto. O fueron mis ojos o mis deseos de encontrar la felicidad que lo vieron como un regalo caído del Cielo. No sé.

Tuve otros hombres. Cuarenta no son por gusto. Quizás los amé, ahora no lo recuerdo bien y ni quisiera lo deseo. El amor nuevo es como el agua con jabón, limpia y borra todo el pasado. Deja la piel limpia para el hombre nuevo que amas como la primera vez.

La patrona Isidora me llamó la atención por el desbarajuste que formé en los platos: «Trini, primero la sopa. Trini ¿qué te pasa, mujer?». Yo servía los dulces, antes de que sorbieran la sopa y masticaran la carne con garbanzos, sin detenerme a pensar en esas menudencias, solo pensaba en él. Siempre en él. A todas horas lo pensaba, conmigo en la cama. Lo pensaba bañándose conmigo. Una noche lo hicimos y me gustó mucho, tanto, que amanecí empapada de sudores y empapada de mis vapores de mujer en un sueño fenomenal. Otra vez, lo fui a esperar en la entrada del portón. Allá venía y yo no sabía si correr o quedarme, si abrazarlo al llegar y declararle mi amor. No pasó nada en ese sueño y quise empatarlo y tuvieron que jalarme por los pies para ponerme a trabajar en la cocina. Desperté de mal humor. Ese día eché una libra de sal a la sopa de pescado, no se la pudieron comer, pero cuando lo vi, fue revivir. Y fue una bronca de la doña, quien descubriera mis sentimientos y dijo: «Este huevo quiere sal». La sal sobraba en la sopa. Si eso no es amor ¿qué es? El amor es el único sentimiento que duele y mata, y es una muerte lenta y es sabrosa.

Mayo. Me cansaba de escuchar que era una época de enamoramientos, hasta en los animales, incluso las flores. Para mí podría ser octubre y lo vería igual. Entra él y se me vacía la cabeza de todo aprendizaje, si tengo dolor se me quita, no atino ni a sacudir las mesas. Llega él con su boca de guayaba, la piel de conejo peludo, la mirada achinada y no sabría si irme o venirme. Por suerte, esa tarde él me miró de verdad, con interés, y yo le sostuve la mirada y creo que hablamos sin decirnos nada y ya cuando se iba fue cuando dijo:

—Me llamo Fernando.

—Yo Trini.

—Lo sé.

Lo sabía. Él lo sabía. dos semanas completas que yo trabajo en la casa del dueño del café El Planeta, don Juliano. El dueño mantiene a cinco trabajadores, incluyendo a mi hombre, que duermen allí sin poder salir nunca a visitar sus casas. Ellos vienen, por turnos, almuerzo y cena. Yo les cocino y sirvo la mesa. A tres cuadras del café está la casa. El café, buscando el río. Esa respuesta de: «lo sé», resolvió todo. La seguridad de conocer mi nombre y saberme vigilada por él, ya me ponía floja de patas y solo faltaría que yo le declarase mi fuerte atracción, o que él se atreviera a decirme algo, cualquier cosa.

Mi amor es tan grande que ya no me cabe en el cuerpo y quiero dárselo para que se lo coma y

si no me mastica, que me trague, hasta que no quede nada de mí.

Yo no sabía cuán grande era mi amor, sin embargo, por ironías de la vida, cupo en una hojita de papel y en palabras escritas al vuelo, sin meditarlas, guiadas por el pulso firme de un amor que ya no podía aguantarlo en mi pecho: «Te espero esta noche».

En el mismo papel, antes de irse, me devolvió el suyo: «A las doce». Qué lindo cuando la sencillez prima. Lo nuestro cabía en una hoja, como la felicidad del mundo en un grano de frijol. En unas pocas palabras que se juntaron, se inflamaba todo. Un pedazo de papel sería el comienzo del compromiso, el comienzo de todo.

Dejo la puerta sin cerrojo y me acuesto. Eso estuvo bien. A las doce, estuvo mejor. Él saltaría la cerca y sabría con exactitud de murciélago en las tinieblas de la noche dónde estaba mi cuarto, al fondo del patio, aparte de todos, tan independiente como nuestro empeño impúdico de amarnos. No tocó, estaba entreabierta. Empujó y adentro yo lo esperaba desnuda, abierta y los brazos extendidos, como una reina perfumada y con los deseos saliéndome por los ojos. No supimos qué hacer al principio. El amor, si natural, es inocente, es desmañado, es bonito. Lo hicimos con una pasión que no se podría repetir y no tengo memoria ni ganas para recordar otra situación similar. Parecía que él lo hubiera hecho con muchas mujeres antes y solo llevaba de vida diecisiete años. Yo cuarenta. Pero me comportaba como de quince, como la primera vez, aunque con suficientes conocimientos para volverlo loco, para convertirme en una gata bocarriba.

La primera vez es la que cuenta, me lo dijo un hombre al que le agradezco mucho, mi primer intento de conocer el amor, quien fuera bueno conmigo y a la hora descomunal de poseerme, yo, una muchacha inexperta llena de ilusiones, y él, viejo mañoso, lo realizó con los cuidados de cirujano para abrir la herida con el mínimo daño en la ternura de sus manos. Y él fue despojándose de las ropas, de mis miedos, quitándose la coraza del arrepentimiento con cada caricia, y al final quedé sin lastimar y satisfecha, flotando en una nube. No lo amaba, fue una locura de juventud la mía y supe darle camino antes de que tomara un rumbo distinto.

Preferí los encuentros furtivos con los arrebatos del amor y nunca la violencia del infortunio de meterme a mujer de la vida. Entregar mi cuerpo por dinero, nunca. Es lo único que recuerdo de la primera vez y las otras que llegaron sin pedirla y que eran bienvenidas, ni siquiera evoco los nombres de aquellos hombres invisibles.

Con Fernando resultó distinto. Quedamos complacidos los dos esa primera vez. Hubo muchas veces, todas con la misma loca intensidad de abrazarnos y fundirnos en uno solo.

Se repitieron otros papelitos hasta que no fue necesario. Bastaba con mirarnos, sin que nadie se diera cuenta. Nos dábamos cita, siempre a las doce, cuando todos dormían y aunque el café Planetario no cerraba sus puertas anchas, más que puertas eran huecos gigantes sin ella, él se las arreglaba para que, en el turno suyo, otro lo sustituyera, y por eso me dio explicación, que no necesitaba yo, pero igual le agradecí la sinceridad:

—Claro, mis compañeros lo saben, no queda otro remedio.

Me lo dijo con su voz de trueno, voz de dulce de guayaba, voz de hombre.

Yo, Fernando

Ella se complacía en caminar a mi lado, me sondeaba, vibraba entera cuando iba y venía rozando mi brazo. Así empezó a gustarme. Ella llegaba, y se me paraba el pulso. Al cabo de unos días, en el almuerzo o la cena, ya no podía dejar de pensar en ella y era como un viento que me soplaba adentro, un viento no, una brisa. Aquel día fue único y me decidí hablarle:

—Un poco más de agua, por favor.

—Enseguida —me dijo.

A ella yo le gustaba. Estaba seguro. Aunque yo era muy joven, desde los quince ya me paseaba entre mujeres, todas putas. Fui putaño de las primeras que llegaron al pueblo, que se instalaron cerca del café, en el vivac, hasta tanto encontraran un terreno donde establecerse firme. Les llamaron Las Magdalenas. Luego abrieron otros centros similares y en uno de ellos agarré una enfermedad salvaje. El cocinero, míster Ponchy, me dijo que era gonorrea. Fui a parar, después de pedirle permiso al dueño, a casa de una hermana de mi madre, en Cayo Mambí. Ella me daba unos brebajes que, «si no te matan, te quitan las ganas de volver a dónde te la pegaron».

Si mi señor padre, don Justo Bueno, se llega a enterar que me habían pegado una enfermedad como aquella, me pela. Aunque, de todas formas, cuando cumplí un año más, el dueño me dijo que me iba a pasar a trabajar adelante, en la barra, porque yo llevaba años allí y había aprendido lo suficiente. Le dije que sí y me reprochó que usara otra ropa más decente que aquellas estaban muy zurcidas y tenían mi edad.

—No tengo otra muda, señor —le dije.

—Te pago bien. Cómprate otro pantalón y otra camisa. Tienes el día franco.

—¿Con qué dinero, señor?

—¿Es que tu padre no te da nada del sueldo que viene a buscar cada mes?

—Ni un kilo, señor.

Fue cuando me pagó y por primera vez vi dinero mío, en mis manos, y que podía disponer de él.

La cosa no quedó ahí. Cuando mi padre vino a cobrar mi sueldo el dueño le dijo que yo había cobrado ya. Para qué contarle. Me amenazó con desheredarme, que me cambiara su apellido, Bueno, y me prohibió que visitara la casa y viera a mi vieja, ciega. Casa de la que había salido hacía unos diez años y nunca volví, y eso que vivíamos relativamente cerca del cafetín.

Fuego en su cuerpo de mulata, y agua limpia, porque al mismo tiempo que encendía mi llama aplacaba el ardor y me dejaba sin fuerzas y lo único que quería, cuando acababa, era dormirme a piernas sueltas, a su lado, y que fuera para siempre.

Y eso fue lo que pasó una noche, me dormí profundamente y el dueño entró al cuarto y al sorprenderme en la jugada me dijo:

—Te tienes que casar con ella.

¿Casar? Yo no había pensado en tanto. Me salía muy cara la osadía de pretender acostarme todos los días con aquella mujer magnífica que me volvía loco, pero casarme no estaba en mis

cálculos. Me niego al escuchar sus palabras de juez virando la boca y diciendo que no con la cabeza y entonces la amenaza:

—Si no te casas te quedas sin trabajo y te meto preso por invadir la propiedad privada. Escoge.

Fin de la historia amorosa. Bueno, fin de andar brincando cercas y trasnochando ¿Cómo pudo entrar al cuarto don Juliano? ¿La puerta estaba sin cerrojo a propósito o tenía su propia llave?

—Te cogí, cabrón. Tienes que pagarlo.

—Pero, don Juliano —Titubeo en defensa propia y permitida.

—No quiero saber nada. Mañana mismo te casas, don Fernando Bueno.

Ella estuvo contenta de que nos cogieran asando maíz. Luego, yo pienso, con una cabrona pregunta que me asalta a cada rato: ¿estaban de acuerdo para atrapar-me?

Obligado por el azar o por una trampa bien urdida, me caso con Trinidad. Pensándolo bien, yo le tenía y tengo afecto y cariño. Ella, estoy seguro, me quiere. Entonces ¿por qué buscar culpables si de todas formas la quiero y me quiere y nos gustamos?

Juliano nos obliga al matrimonio, de papeles y por lo civil. Incluso nos ayuda a buscar una casa de alquiler que en definitiva la pagamos al contado porque no sirve nada más para derrumbarla, aunque si la vive alguien, la casa cobra su valor y eso hicimos. Don Juliano me da dos sueldos anticipados. Coño, la duda sale de nuevo como la hidra de Lerna y le corto la cabeza cada vez que rebrota y le salen nuevas cabezas. Eso lo vi en una película del cine Presilla. Para ir al cine había que buscar a alguien de afuera que me sustituyera, le pagaba dos horas como si hubiera trabajado todo el día, y con permiso anticipado del hermano del dueño, Antón León. No nos dejaban salir del cafetín ni a visitar a la familia, aunque en mi caso no me era permitido por mi padre quien me castigó de por vida porque él me dejó allí a una edad tierna y le manifestó al dueño que me hiciera hombre. Mi padre iba a cobrar mi sueldo una vez al mes y cuando cumplí los dieciséis el dueño me dijo que me vistiera mejor para que yo trabajara como mesero «no tengo más ropa», le dije. Entonces cayó en la cuenta de que mi padre cobraba y no me daba ni un céntimo: «yo te voy a pagar tu salario este mes», me prometió y lo cumplió. Mi padre llegó a buscar lo suyo y el dueño le dijo que ya yo había cobrado. Resultado, me maldijo y prohibió que viera a mi madre, que no quería saber de mí jamás.

De manera que me volví un hombre en el cafetín y de allí salí para casarme. Es mejor no pensar que fue una trampa. Es mejor. Ella cuarenta y yo diecisiete. Es mejor no pensar mucho en eso, Fernando, me dije.

Mi vida empieza a transformarse a partir del matrimonio con Trinidad de las Mercedes. Yo estaba enamorado y nada ni nadie me quitaba de la cabeza la imagen de ella, mulata oscura con unos fuegos internos difíciles de apagar. Y hablando de fuego, me hago bombero. Bombero voluntario. Apago un par de fuegos con valor y peligro de mi vida y me ascienden a capitán. Renuncio al trabajo del café y pongo un negocito de prú oriental que comienza a tomar fama y cuando vengo a ver el negocio crece. Un anciano me dijo la fórmula del prú: «tú embotellas y cierra con colcho, como viene la sidra; la entierras en menguante y la sacas al otro menguante». Fue una fórmula mágica. Mis prú cobraron una fama que no cabía en mi mente ni en el poco espacio en que vivíamos. Divido la casa y la parte de adelante, la sala, la convierto en una tienda en donde vendo el espumoso prú oriental, rones, dulces, caramelos, cigarros y tabacos y otras pequeñeces de miserable costo y venta, pero que me ponen en la órbita de los ojos atentos de los hombres de negocios, negocios de verdad, que me invitan a integrar una logia que pronto abrirá sus puertas en un edificio nuevo, la Orden Odd Fellows. Comienza a cambiar mi vida.

Trinidad me llena. Por una casualidad que no quisiera pensar fuera obra del embrujo de dioses

que gustan mortificar a los humanos, ella y yo cumplimos el mismo día y mes, 28 de diciembre, aunque nos llevamos quince años. Quince, se dice fácil. Yo apenas lo notaba. El amor tapa los defectos y el trabajo constante no deja pensar mucho. Ella no podía tener hijos y nos conformamos con estar juntos y amarnos. Pero, ocurrió aquello que lo cambiaría todo en un corto tiempo. Esa es la parte de esta historia que quisiera contar sin esconder nada.

Yo, Gracia

Tengo ya diecisiete años y mi vida se torna ciertamente trágica. Demasiado joven para sufrir por amor. Empezándola de atrás para delante, vivo en Antilla, un pueblo en la costa de la bahía de Nipe. Mi madre está casada con un hombre de negocios, don Simón Cortés de la Fuente, muy rico, un padrastro bueno y se desvive por nosotras y no me falta nada, pero yo había dejado, obligada por mi madre, dos años antes, algo importante que deseaba recobrar: mi verdadera vida, para empezar a vivirla, y recuperar mi amor perdido dejado atrás.

Es vago el recuerdo y no me da la suficiente certeza. No fue casualidad que mi madre retornara a buscarme, yo mayor, al cumplir mis quince, a la casa donde viví desde la temprana edad de tres años, que borré de mi mente y solo tengo presente a las dos personas que me criaron, Fernando y doña Trinidad.

De manera que yo, Gracia Cortés, antes Lepidia Bueno Bustamante, tengo una historia que contarles.

Llegué al pueblo y como ya conocía a sus vecinos y calles fui directo a la casa donde crecí, la calle de atrás. Cuando me vieron fue una sorpresa. Una sorpresa para bien y para mal. A Fernando se le llenaron los ojos al verme, llenos de ternura, a doña Trinidad le caería un témpano de hielo cuando su primera reacción fue preguntarme:

—¿Y eso? ¿Se te quedó algo?

No era para menos. Les cuento.

A los quince años me llegaron avisos de que mi cuerpo había cambiado como para alterar al sexo opuesto. Era obvio. En la escuela, los varones llegaron a desesperarse tanto que me maltrataban, y por dirigirme la palabra hacían el ridículo y supe que algunos se peleaban entre ellos y competían y hacía apuestas a que lograban tocarme en el receso. Los más audaces me insinuaron su amor con promesas de noviazgos y hasta de casamientos, que yo, por supuesto, lo hallaba ridículo. Si se trataba de algo serio, como corresponde a una edad, nunca aceptaría porque, yo estaba enamorada. Qué les cuento, enamorada de un hombre mucho mayor, al menos unos dieciocho años de diferencia, y sobrada experiencia. Diferencia en edad y mañas que imaginaba y me gustaban en él, y sentía una atracción casi fatal saliendo por todo mi cuerpo, hasta mis olores íntimos, la forma de hablar, las miradas y mis pocas ganas de salir a pasear ni juntarme con amigas, y me emperifollaba como una princesa, con el ánimo de llamar su atención. Una jovencita sobresaliente, con pecas y pecados, como me pintara la doña.

Lo velaba cuando se quitaba la camisa y dejaba al aire su pecho peludo. En el baño llegué a mirarlo completo, cómo se echaba el agua con un jarro, cómo se enjabonaba, cómo tenía sus partes que yo deseaba tener en mis manos y en mi boca. Lo confieso, llegué a tocarme mientras lo miraba. Nada me causa pena y esto es una confesión única, que trascenderá porque así lo deseo. Por supuesto, el hombre de mis desvelos de adolescente, al que amé y amo ciegamente y lo deseo sin límites era mi tutor, considerado el padre de crianza, quien me adoptaría a la edad de tres años, el Fernando Bueno y divino de mis sueños eróticos. Y solo ella, la Trinidad, se daba cuenta

de mis maniobras de encantos para sacarlo del paso, para atraerlo. Lo adivinó o se puso en guardia y pudo verme en mis andanzas, o sería únicamente por su condición de mujer, supongo, con ese sentido oculto que llevamos todas, no tan oculto que podamos echarle manos cuando lo requerimos.

Él me había criado sobre sus piernas, el hombre casado con la Trinidad, la mujer convertida en mi enemiga. No pude evitarlo. El amor es un bichito que come como el gorgojo y cuando vienes a darte cuenta es tarde, demasiado tarde, tienes el cuerpo lleno de caminos por donde transitaron los sentimientos, los ardores de hembra y aquellos deseos inconfesables de sentir un hombre dentro de una.

El amor, es mi caso y no lo discuto con nadie, no tiene edad ni tiene en cuenta el daño que puede ocasionarle al prójimo. El amor es un sentimiento para gozarlo, no para sufrirlo. Si alguien siente amor debe manifestarlo y darle cabida no solo dentro de sí sino dentro de la pareja escogida.

Mi mayor anhelo era aquel hombre a pesar de mis locuras y mis desaciertos. Él era todo para mí y cuando así se piensa se debe actuar en consecuencia. El amor es lo único con vida después de la muerte. El amor no muere porque quiera, lo matan.

Trinidad

Fue en el verano, dos años después de que nos casáramos. Llegó la niña y sería una bendición porque no teníamos hijos.

Sí, fue en el verano del treinta y pico. Yo estaba en los trajines del hogar cuando Fernando se apareció con el rostro pálido, como si le faltara sangre y aire. Solo atinaba a decirme unas palabras que no entendí y me hacía señas para que lo siguiera.

Nos topamos con la cerca de zinc de la casa del frente, donde se había mudado no hacía mucho una señora que nunca la vimos completa, es decir, de cerca, como vecinos. Sabíamos de su existencia, como sabemos que hay peces debajo del agua. Aparecía en la mañana, muy temprano, con un misterio de ladrona y se iba apenas el sol estaba cayendo, con el otro misterio de fugitiva. No sabíamos a dónde ni por qué se iba, hasta que ese día descubrimos el problema.

Fernando me dijo:

—Ven, no lo podrás creer. Hace rato que oía un llanto, me asomé por la ventana y ya verás lo que hay dentro.

Tuvo que forzar la puerta de una patada. Yo quedé impresionada al verla. Una niña, mal vestida, de cabellos rubios, me miraba asustada con ojos azules tristes y un hambre que le salía por los huesos de su pequeño cuerpecito desnutrido, y como si fuera un animal casero, la tenían amarrada a la pata de una mesa. ¡Por Dios, cuánta maldad en el mundo!

En resumen, nos la llevamos para la casa. Fernando, que había quedado sin palabras, me sugirió que debíamos tomar cartas en el asunto, me dijo:

—Voy a ver al cabo, es mi amigo y le pediré que me ayude.

—¿En qué? —pregunté sin entenderlo.

—Para nosotros. Esta criatura es abusada y debemos tomar cartas en el asunto. La adoptaremos, ya que no tenemos hijos.

Acepté. Era cierto y no existía otra manera de actuar que no fuera con la más humana de las acciones: asistir al desvalido, darle agua y pan. Lo de no tener hijos, bueno, eso era cuestión aparte, me daba lo mismo, y la vida se encargaría de demostrármelo.

Estuvimos turnándonos toda la mañana. Faltando media hora para el mediodía, apareció ella. Porque queríamos verla y pedirle una explicación de su actitud grosera, pero antes queríamos asustarla y hacerla sufrir, si es que tenía sentimientos y lágrimas.

A las once y media llegó. ¿Sería posible tanto abandono? Una niña que pasa toda la noche sujeta a la sogá y que ni siquiera tuviera el mínimo cuidado de regresar temprano en la mañana, es un crimen, peor, Fernando lo buscó en sus libros y dijo que era un «infanticidio». Venía con pasos apurados, y la dejamos entrar y cuando vio que faltaba la niña salió como si la persiguieran y se ponía las manos sobre la cabeza, sin gritar, y miraba para todos lados buscando una explicación que la sacara de la primera sorpresa. Salí al portal y le señalaba que se acercara cuando llegaron el cabo de la Policía y Fernando.

El asunto fue resuelto luego de que nos dijera ella toda la verdad. Bueno, su verdad. Ella era prostituta en Antilla y trabajaba de noche en un cabaré. Debía tomar la lancha de Preston en la tarde y regresaba en la mañana. Dejaba a la niña bien atada, luego de alimentarla y ponerle agua en un pozuelo, como los perros, para evitar, nos dijo, «que le pase algo malo o salga de casa y le

sucediera una desgracia. «Qué mayor desgracia que aquella», le protesté en su cara hipócrita, con ganas de machucarla a golpes.

Ella estuvo de acuerdo en dejarla a nuestro cuidado, tenía un compromiso con el trabajo que no podía faltarle al dueño porque si lo hacía, ella quedaba presa o muerta, eso nos dijo con palabras que no parecían falsas; y la niña quedaría desamparada y sin madre. Total, era como un círculo vicioso. Tampoco nos dejó un centavo y, para colmo, la niña solo tenía la ropita que llevaba puesta.

No nos convencían sus argumentos de justificación, pero la crudeza de sus palabras y enfrentarnos a la realidad nos doblegó cualquier razón para desacreditarla. Una madre debe estar primero que una mujer, pero la dejamos hablar para que el resultado fuera que nos la entregara en cuerpo y alma.

—¿Cómo se llama? —le pregunté.

—Gracia, como su abuela materna.

Desgracia, dije para dentro, con enormes deseos de aborrecerla. Luego caí en la cuenta de la realidad, que nunca viene para que le creamos, sino que se impone. Lo mejor sería cambiarle el nombre, me dije. Los arreglos lo hicimos ese mismo día, en la tarde. Fuimos a ver al cabo amigo y este nos enseñó cómo hacer las gestiones sin tantos aprietos ni explicaciones.

Dios debe perdonarme mi poca o nula conmiseración cuando se lo pedía al mismísimo Satanás: «ojalá se caiga esta señora a las aguas de la bahía de Nipe y se la coma don Pepe». Dios sabrá perdonarme que la mandé a la boca del tiburón más grande y perverso de Nipe.

De despedida, sin sospechar que sus palabras podrían trocar en pésimo augurio, la besó y nos dijo:

—Un día de estos, regreso a buscarla. Gracias por todo.

Después del traspaso, unos días que pasaron sin que nos diéramos cuenta, ella había desaparecido del pueblo y adivinamos que regresó al burdel de Antilla por un vendedor de camarones que llegaba cada semana a tocarnos la puerta. Él pescaba por vuelta del central Preston y la vio montando la lancha. Claro, él la conocía del barrio, pero no sabía toda la verdad del asunto. Nosotros sacamos esa conclusión, que creímos la más apropiada, aunque yo le deseaba un rumbo distinto, más adecuado al tamaño de su cuantiosa y miserable culpabilidad, que se la comiera Don Pepe o le saliera un lobanillo en sus partes para que no le diera uso, o que la mala suerte la apretara tanto que corriera la misma suerte que le impuso a su hija. Ahora, por supuesto, pienso distinto. Esta historia tiene un rabo muy largo y yo no hubiera querido que existieran ellas en mi vida. Pero los hechos no pasan por gusto y nos dan esas malas sorpresas que aparecen cuando menos la esperamos.

Fernando

La verdadera felicidad se esconde dentro de nosotros y si no damos con ella es porque buscamos cosas extraordinarias por fuera con el color del oro y brillo de diamantes. Lo que no podemos lograr se lo achacamos al destino y el éxito lo vemos como pasajero y tan normal, paradoja del destino, que carecen de nuestra atención, y ahí mismo perdemos la oportunidad de dar con la felicidad, que sin embargo estar frente a nuestras narices, no la vemos. La felicidad es invisible mientras no queremos verla.

Yo fui feliz por un largo tiempo inmedible. Amaba a la mujer que me llevaba un montón de años y la veía como cualquier otra, pero ella se encargaría de hacérmelo notar tantas veces que un día desperté y me di cuenta de la diferencia, y a pesar de que aún no me importara, sufrí la condena de la repetición. Una repetición en el oído de algo que no deseas es cosa seria, al punto de llegar a cometer un disparate.

La niña Gracia, que la bautizamos Lepidea, como mi madre, iba creciendo en nuestros ojos. Ella se comportaba como todas las niñas a su edad, pero mi querida e injusta Trini me sacaba los ojos con la letanía de que: «mira como la mimas, parece que la criaras para luego comértela».

La primera vez pasaba como una tontería de celos de madre, aunque ella no lo fuera. La segunda como inapropiada e indecente de mujer resentida. La tercera llevaba demasiada nocividad como para dejarla hacer a sus anchas. Yo debía pensar con seriedad en el asunto cuando Trini me dijo: «Sigue, sigue. Bésala, anda, hazla mujer en tus rodillas».

Yo debí tomar precauciones ante la enorme tormenta de celos: «Cuando ella tenga la edad de casarse ya yo seré una anciana».

La objetividad, esa verdad que se nos muestra en todas las acciones y momentos de la vida, a la que no obedecemos, por miedo o por lo que sea, nos golpea y por fin caemos en ella, que es la realidad cruda. Trinidad manejaba bien sus cálculos:

—Cuando tenga diecisiete y tú treinta y cinco, yo tendré cincuenta y tres, una vieja inservible a la que no desearás como mujer.

—Trini, no digas esa barbaridad. Es nuestra hija.

—Mía no es. Tuya tampoco.

—La adoptamos.

—Tú no la adoptaste por amor de padre. Tú lo que andas cultivando rosas, aunque te pinches con las espinas.

—Mija, no seas bruta. Es una niña.

—Sí, como no. Una niña con *teticas* de gata preñada y con pelos en el culo, pelitos rubios ¿no se los has visto? Tiene trece años y parece una mujer cumplida. No te hagas el ciego.

Me iba detallando lo que yo no veía, lo que ni siquiera imaginaba ni quería ver.

Si una mujer, amante o esposa, pretende que su marido se fije en otra mujer, nada más tiene que ponerla frente a sus ojos, decirle cómo es, lo que desea la otra. Así te la va detallando con maldad de alcahueta: «mira cómo se babea por ti esa mujer con falta de marido» «¿tú crees que yo no la veo? Tú le gustas».

Es meterle a uno el Diablo en el cuerpo sin embargo sea la intención de apartarlo. Las mujeres no saben cuánto peligro hay en una observación de celos infundados, son capaces de despertar a

los demonios dormidos, a los instintos malévolos y pervertidos de los hombres. Que los tenemos todos, pero dormidos.

El remedio que pensé, para tanta amargura regada por doquier, para quitarle los malos impulsos que brotaban como un hongo en la pudrición de sus pensamientos, fue quererla más a menudo, con igual pasión del primer día, aunque suponga una exageración. Siempre que teníamos una crisis que parecía insalvable, que parecía el final del camino, nos acercábamos y la pasión cobraba fuerzas y hacíamos el amor durante horas y llegábamos juntos a donde queríamos llegar, poniendo todo el empeño de nuestra parte. Nos dábamos cuenta de que mientras mayores las distancias entre ambos, más maderos debíamos poner al puente por donde caminaríamos para acercar nuestras orillas. Porque entre hombre y mujer hay dos mundos diferentes, no somos iguales, pero tenemos que juntar nuestras orillas, y debajo hay un abismo que debemos evitar mirarlo porque nos jala hacia sus profundidades donde están la duda, los celos, la inconformidad y el esqueleto de las pasiones. Alla debajo de nuestro camino está esperando alguien para arrebatarnos la felicidad, o darnos otra, como el hombre de las lámparas viejas por nuevas del cuento de Aladino.

Mi plan tuvo el éxito esperado. Cuando me bañaba, al mediodía, aprovechando que Lepidia estaba en la escuela, me le aparecía desnudo y con toda la potencia de mis deseos frente a su estampa de mujer grande, rellenita de carnes, como ella me gustaba. Al principio Trinidad no podía entenderme y creía que lo hacía con premeditación y maldad, que dicen alevosía. Decía ella que, para tapar mis faltas, y no era así. Lo juro. La amaba, si no como el primer día, la amaba como el segundo. Y la desearía hoy como el tercero, que no es poca cosa, si no es que ella, mientras pongo maderos, los va quemando.

Me presentaba desnudo y ella respondía desnudándose ante mí. Donde quiera que estuviera, en el cuarto, la cocina, el patio, la escalera, en cualquier parte de ese mundo que era nuestro, lo hacíamos como dos adolescentes enamorados, con la ventaja de la veteranía, que tampoco es poca cosa.

En cada encuentro, nos quedábamos los dos parados uno frente al otro acumulando energía y acumulando, a través de nuestros ojos, las ganas inmensas y sin trabas de amarnos. Y lo hacíamos largo y tendido hasta quedar exhaustos, hasta quedarnos sin una gota de fuerza. Ella era mi única y verdadera pasión.

Mientras paso los días en mi tienda y asisto a la logia y cuando hay algarabía de un fuego corro a la Estación de Bomberos, pienso en Trinidad. Ella y siempre ella, hasta un día, supongo, porque todo lo que empieza se acaba. Por desdicha es así y siempre lo fue y será.

Gracia

Debía regresar a mi casa, la casa donde me hicieron mujer. Nada me gustaría más que verlo de nuevo. Iba pensando en mi desventura, montada en la lancha que navegaba a todo motor por la había, rumbo a Preston. Imaginaba que cuando nos topáramos otra vez, sería definitiva. Le declararí mi amor y nada ni nadie impediría nuestra felicidad. Yo tenía edad suficiente para asumir mi responsabilidad de ama de casa, de esposa y hasta de madre. Yo le daría hijos que el vientre seco de la doña no podía, aunque quisiera.

Rememoraba: Al cumplir mis quince fue el primero en plantarme un beso. Yo traté de girar la cara para que probara mis labios, pero él no se dio cuenta o no quiso darse cuenta. Busqué la forma de abrazarlo para pegarme y que sintiera mis calores. Pero él buscó mi frente y la besó. Sentí que había fallado. No estuve feliz en todo el día y aunque me llevara a tomarme una foto en el estudio de Juan Sainz, su padrino, no me sentía satisfecha. Por la noche me quise desquitar y me fui a su cama. La doña estaba atareada en la cocina. Él leía mientras fumaba su cigarro preferido y la radio hablaba algo relacionado con los dolores de cabeza y del bajo vientre.

—¿Qué lees?

—Las noticias locales.

Mientras él me iba diciendo qué era lo interesante del tema, me le pegaba, y puyaba con mis tetas nuevas su cuerpo veterano en batallas que yo quería repetir con él, capitaneadas por él. Entonces, se hinchaban mis pezones y me dolían, como si me los mordiera. Fue una sensación nueva que pensaba repetirla hasta lograr que él me las cogiera en sus manos y las chupara. En eso estaba pensando cuando me dijo:

—Dos contrincantes, un hombre y una mujer, que se pelean por asuntos políticos. Él es el dueño del prostíbulo Las Magdalenas, don Aureo Balbino, y ella una reconocida luchadora por los derechos de la mujer, doña Marciana Catalina.

—¿Qué dicen? —pregunté.

No me importaba lo que dijeran, aunque al decir mujer, al escucharlo en sus labios sensuales, me dieron ganas de besarlo. Lo mío era pegarme más y sentirlo. Empecé a tocar el matorral de su pecho, como si lo peinara con mis dedos. Luego, con intenciones perversas de mujer que ya me quemaban, mis dedos buscadores fueron bajando y tropezaron con algo duro, él se viró de lado. Yo sentí cómo me mojaba entre mis piernas, una y otra vez sentí como me llegaba la felicidad. Estaba segura, había logrado ponerlo rígido, a mi alcance. Él sentía mis calenturas y me lo agradecía con todo su poder de macho. Era una angustia y un placer al mismo tiempo lo que yo iba sintiendo.

Lo iba recordando mientras se consumía el tiempo de travesía en el lanchón de pasajes y me sentía satisfecha, pero infeliz de no poderlo hacer de nuevo si él llegaba a rechazarme. Llegado a este punto, sería una gran decepción para mí. De todos los hombres conocidos, ninguno me hacía sentir la grata sensación de estar viva y gozar la vida y sufrir por ella.

Mi madre me expuso al peligro de enfermarme, aunque yo tomara todas las precauciones al

alcance de mis conocimientos. Ella no tenía la más mínima idea de mi amor por el hombre que me criara como una hija, si se lo hubiera comentado, seguro me vira la cara de una bofetada o me recrimina con la ponzoña de su sufrimiento infinito. Ella fue abandonada por mi padre quien la dejó al desamparo de la vida, peor aún, nos dejó a las dos. Mi madre, entonces, decidió buscarse el pan y a meterse a bebedora insalvable, quizá para olvidar, quizá para morir sin saber quién era ella.

Con el vaivén de las olas, seguía pensando en aquella vez, tan pegado estuvimos, tan cerca de hacer el amor, que si cierro los ojos lo palparía a mi lado.

Su respiración cálida la sentía lejos de mi rostro, y mis resuellos debieron causarle intranquilidad porque eran resuellos de hembra haciendo el amor sola. Entonces, sentí que algo tanteaba las tinieblas buscando mi mano que estaba ocupada en el remolino del placer. Le agarré la muñeca y lo ayudé a encontrar lo que buscaba. En un brusco movimiento, como si el alacrán de mi dicha lo emponzoñara, apartó su mano deliciosa, carraspeó para quitarse un mal pensamiento, y suspirando hondo dijo:

—Aquí se dicen de todo.

Yo estaba a punto de volverme loca. Mis olores de pescado fuera del agua debieron despertar sus ansias de macho, pero se volteó con un brinco de susto. Nada me podría impedir que lo amara con las ganas inmensas e incontrolables pues mientras más quería alejarse más me provocaba asaltarlo. Tenerlo al alcance de mis manos majaderas y mis fantasías sin hacerlo vibrar de emoción, era el peor de los desalientos.

—Se dicen hasta perro muerto.

Yo seguía sin prestar interés en sus palabras de rechazo. Él, solo él era mi oído y mis ojos y mi desvergonzado impulso de complacerme sobre todas las cosas.

—Escucha esto. Le dice ella: «Te desafiara a duelo si fueras hombre».

Y yo no lo escuchaba, solo pensaba en él, en su cuerpo peludo, su boca, su arte de hacer el amor con rameras, que yo sospechaba en él, y quería para mí sola.

Casi lo tenía sofocado con mi aliento de culebra y lista para brincarle arriba y ahogarlo en el bálsamo de mi salsa virgen, que me iba zafando los botones de la bata, ya sin ropa interior, debajo de la sábana que nos cubría. Lo fui haciendo con la calma de quien tiene todo el tiempo de su vida, como armando con paciencia un artefacto a punto de estallar. Casi desnuda, cuando ya mi cuerpo había que apagarlo con los bomberos, él rompió el embrujo con una voz impertinente:

—Yo creo que tú no me estás atendiendo.

Lo dijo como en un reproche y se sentó al borde de la cama. ¿No se daría cuenta que mis intenciones morbosas no quedarían en un simple toqueteo? Y, si así fuera ¿por qué no me aceptó? No lo supe en ese momento. Él era tan hermético que no podía descifrarle ni sus miradas de amor hacia mí, que yo hubiera deseado que fuesen de deseo carnal, como yo lo pensaba y quería. Yo lo imaginaba sobre mí, como lo vi hacérselo a la vieja mulata que lo desmerecía. No pude, en los siguientes días, arrancarle otro deseo de hombre hacia mí y me mantuvo extraviada en la perplejidad de su mirada esquiva; y quizá mis impulsos para comérmelo crecían por el desorden que me causaba su vacilación. No lo sé.

En ese momento crucial él se puso las pantuflas y dejó la cama que crujió su dolor junto al mío. Me abandonaba en un instante de placer que no puedo explicar con palabras ahora ni podré nunca.

Entró la doña, la odiosa enemiga que ni el nombre quiero pronunciar, y se lo llevó con una

excusa: «Ya te calenté el agua». Ella me miró con desprecio sin sospechar que debajo de la sábana quien estaba caliente era yo, más que su agua hedionda. Yo estaba ardiendo. Ella no pudo enterarse que mi cuerpo desnudo lo tuvo cerca, que estuve a punto de compartirlo, por primera vez, y luego quitárselo y que sería definitivo.

¿El sentiría sus pasos, aunque sigilosos, y quiso evitar una catástrofe?

Lo justifiqué en su negativa de poseerme porque el amor todo lo puede, incluso comportarme como una engreída o una tonta ante la verdad al descubierto. No quise pensar que él me subestimara, no pude meditar en otra cosa que no fuera amarlo con intensidad morbosa.

A la doña, la llegué a odiar, tanto, que hasta planeaba cómo deshacerme de ella, si por veneno o un empujón cuando subiera la escalera del segundo piso, donde mandó a construir un cuarto para su cama de amores con él, amores péfidos con mi hombre, y dejarme abajo en el solitario cuarto que fuera el suyo donde me complacía oliendo en el espacio vacío que dejara y soñarlo todas las noches y despertar deseándolo más. Despertaba y me autocomplacía pensando en él, siempre él, hasta el fin del mundo y de todas las cosas, él.

Abrí un agujero en la pared del baño. Mi cuarto era contiguo con el único baño. Lo miraba mientras se desvestía y bañaba, se secaba y vestía, todos los días de mis días en esclavitud mórbida de monasterio. No me llenaba con los ojos, intentaba saltarle arriba, yo encuerada, y que hiciera conmigo lo que quisiera, hasta podía matarme si lo prefería.

Un día lo estaba disfrutando por el agujero que iba creciendo a medida que yo ansiaba verlo mejor, y con una tijera lo ensanchaba en la madera vieja como si yo fuera una polilla; y mientras lo miraba fui desgarrándome la ropa de hilo en cada brinco de mis placeres con un dedo morbosos y letal hasta que los harapos quedaron como evidencia del mayor deleite que sintiera junto al dolor que me causé yo misma al meterme el verduguillo placentero de mis dedos lujuriosos por mi entrepierna ardiente y desflorarme con un grito de gata herida que no pude evitar. Y doy gracias que la doña no me oyó porque se bañaban a cuatro manos, y por eso la odié además de complacerme como nunca.

Aunque parezca diligencia turbia de una atolondrada, varios días estuve lavando mi cucarachita Martina acabada de levantar, con un aliento fastidioso, y a hurtadillas iba a la cocina y la vertía en el tinajero de agua fresca que él acostumbraba a beber en un jarro suyo, destapando el recipiente. Lo metía adentro sin utilizar la plumita de abajo, motivos de llamadas de atención por parte de la doña, aunque él, para mi regocijo, no le hacía ningún caso. Gocé mirando cuánto disfrutaba el brebaje y luego se lavaba la cara con el sobrante, y palpaba con manos de ciego la toalla colgada que ya la había estrujado por mi bacalao, como un extra del embeleso, y se secaba y los dos gozábamos y el mundo amanecía distinto.

Me aseguraron las brujitas compañeras calenturientas de la escuela que, para la tercera ocasión que matara la sed con *agua de bollo*, caería mansito a mis pies. La fórmula hechicera de las amigas no funcionó como anunciaban, pero noté que él me miraba distinto.

También realicé brujerías y encantamientos, con ceremonias que me parecieron absurdas cuando me lo explicaban, pero les fui cogiendo el golpe y traté de ejecutar la ciencia de la brujería al pie de la letra.

Recuerdo uno de los rituales para atraerlo porque me pareció, entre los cinco sobresalientes que obrara, muy especial. De la madre de una de las chicas, seguí su consejo brujo. «En un cigarro de los que fumaba él, creo que americanos, Chester, escribí su nombre con la tinta negra de su propia pluma, pero al revés, Nánreh, seguidamente me pinté la boca con lápiz labial y encendí el cigarro; lo puse en el cenicero que él usaba en la tienda y lo dejé consumir como si fuera incienso. Entonces, la foto suya, la que tanto adoraba yo —él al frente del mostrador de la

tienda, con una sonrisa divina—, me la puse en el pecho y dije la oración que ella me copiara.

Para concluir, y era muy tarde en la noche, cogí las cenizas y las enterré en el patio, con el tiento desvelado de bandida. La foto la metí debajo de mi almohada durante cinco noches, según la encomienda, pensando en él, solo en él. Fue fácil, pues él estaba más presente que mi propia conciencia.

No pasaba nada que no fuera la desesperación confortable de arrimarme y darle un abrazo con besos apasionados. Lo hacía cada noche, confundiendo a la doña con darle las buenas noches. Me acostaba con su olor a macho en mi rostro anhelante y en mi cuerpo insatisfecho, que, por cierto, él huele, lo puedo percibir ahora, a sobaco limpio, olor de macho que va dejando su orina en los senderos. Y no me aseaba la cara hasta sentir que desaparecía en el tiempo, aunque siga aferrada en mi mente enferma.

No obstante, eliminar a la doña rival lo planeaba a cada rato e iba anotando las medidas con un cuidado de costurera y marcaba los días en el almanaque de mi memoria y en una libreta describía sus rutinas, por horas, por minutos y segundos. No habría la posibilidad de fallos en mi intención de quitármela de arriba y que pareciera un accidente fatal. ¿Me estaba convirtiendo en una asesina?, en mis imaginaciones corrompidas de mujer enamorada, sí.

Fernando

Llegó ella y todo cambiaría, para bien o para mal. mis relaciones matrimoniales se vieron tan afectada que no lograba concentrarme en mi trabajo y menos en acostarme temprano para complacerme con Trini, como en los viejos tiempos. Trini seguro lo relacionaba con Gracia, pero, aunque en verdad había relación sutil con ella, no era tal y como suponía, no tenía razón en cuanto a mi modo de ver las cosas.

Mi nuevo trabajo, fuera de casa, me permitía mayor libertad en las acciones personales y no sentirme vigilado como un preso. La pequeña sala, una vez desmontado el negocio de prú, volvió a ser lo que era y creció. Era la misma casa destartalada que Trini no me dejaba reconstruirla porque alegaba, con razón, de que la íbamos a dejar cualquier día si no se nos caía encima antes, y que debíamos pensar en otra vivienda mejor, aunque fuera una de alquiler. Bueno, mi nuevo trabajo en el almacén de cervezas daba para eso y le prometí que lo haríamos el año entrante.

Gracia, mi ex Lepidia, que había venido con un aire distinto de mujer, llamaba la atención de cualquiera. Cierto los galanteos que recibía: era brillante como un sol, vistosa como un carnaval, alegre como la niña que fuera, vivaracha como la maldad, y un cuerpazo de hembra, aunque delgada, que detenía las miradas de cualquiera. No le sobraba ni faltaba nada en su esbelto cuerpo ni en los gestos femeninos, que se le pudiera censurar ni corregir. Nada que la afeara había y nada por agregar que no fuera buscarle su mirada triste, pero dulzona, desnudarla con la vista y deseirla como a ninguna.

Si yo la estaba viendo tal la describo, qué no vería en ella mi querida Trini. Se fueron a la guerra, con armas iguales en potencia, porque de inmediato me percaté de que Gracia tenía la belleza inverosímil de una mujer madura, la arrogancia suficiente para enfrentar cualquier peligro, la voluntad de vencer al enemigo que, por supuesto, era Trini. Y tenía, sin lugar a duda y ante mi asombro, los deseos resucitados de conquistarme.

Si ella pensaba que yo no me había dado cuenta, desde que cumpliera los quince, que me atacaba con descaro, entonces, supongo, su pasión por mí era tan severa que la dejaba ciega y sorda al entendimiento.

Yo estaba sobre aviso y no me importaba ella, la quería como una hijastra, con lástima, como una niña desdichada quien requería de calor humano. Pero, cuidado. Tanto va el cántaro a la fuente... Y la misma Trini se encargaba de estrujármela en la cara a todas horas y a mí, como todo macho, que les sale a los animales tarde o temprano lo de cabrío, ya saben. Y aunque supe comportarme apretando un palo con los dientes, me llamó la atención tantos e inflamados empeños de ella para seducirme. Me olía, me asediaba como la gata al ratón, me miraba a la portañuela con insistencia, y mi disimulo, mirando al techo o a al vacío de mi desconcierto, llevaba algo de embarazo deleitoso. Aprendí a desviarme de su camino. Tuve la habilidad de hacerme el tonto, de que me creyera frío, insensible. Pero me iba abrasando por dentro como se queman los maderos para volverlos carbón. Supe lo del hueco en el baño y lo tapé con un disimulo cómplice. Ese acto de ocultar las acciones pecaminosas de ella fue también un acto de preservar, intacto, como una flor en la página de un libro, un sollozo de pasión desventurada. Fue el descubrimiento de que nos deseábamos y que iríamos contrario al rigor de pareceres dañinos, sordos al murmullo crítico, enemigos de la autoridad absoluta.

La comencé a pretender en la mente, y la imagen me parecía diabólica. Pero ese bichito que nos pica, como la nigua, mientras más lo quieres aplacar rascando, más pica con la sabrosura de su molestia. Es muy parecido al amor la picazón de la nigua en el pie, y valga la comparanza atroz.

Medité mucho sobre los inconvenientes de una relación sin que fuera equilibrada. Las ventajas las pensaba también, y siempre las ventajas nos complace más que las adversidades, aunque sean ilusorias. Poseer una mujer virgen es el sueño de todo hombre, aunque luego se dé cuenta uno que las mujeres, todas, son vírgenes cuando lo hacen con el hombre amado. Son vírgenes cada vez que hacen el amor. La virginidad no es una ventana semiabierta que no deja entrar la luz y hay que violentarla. La virginidad es la entrega que descubres en ella. Amándola te alumbras con su luz. Tanto la mujer como la luz solar, alumbró y quemó.

Claro, todo aquello yo estaba tapándolo con el olvido cuando apareció ella. Me tuve que preparar para una guerra sin cuartel. El castillo era yo, me defendía Trini y la asaltante, Gracia. Y la joven atacante tenía varias cosas a favor: juventud, entereza de ánimo y posibilidades de ganar por cansancio o porque tenía más aire en las agallas del amor, porque cuando se lucha por amor hay que respirar debajo del agua. Y yo estaba en la cuerda floja de las decisiones, aunque ya me daba lo mismo si vencía una o la otra. El hombre puede ser viril hasta los cien años, o más, quien sabe, pero se cansa de luchar por un amor resisto a desordenarse, y entonces, se cae todo. En amor el juicio es irrelevante. No hay paz ni sosiego en él, dijo el poeta.

Ella, Gracia, la gracia viva, llegaba con poco equipaje. Me asombra que Trini no se diera cuenta para hacérmelo notar en un arrastre de paranoia y denigrarla con la serenidad complacida del verdugo. Aunque supongo que, cuando Trini me afeitaba con la navaja barbera todo el cuerpo, y me dejaba lampiño, no fuese porque deseaba verme distinto para gozarme de otra manera, sino para que mi nueva imagen de monje no atrajera a su rival, a quien le fascinaba mi cuerpo peludo, y los tres lo sabíamos.

La vi, a pesar de su deslumbrante belleza montuna, sin porvenir, con un asiento de piedras en la voz y un aire frívolo que me recordaba a las mujeres desgastadas, duchas en el fino arte milenario de la putería, en los años de mi juventud descarriada.

Pero yo deseaba verla distinta. Le encasqueté sobre la inclemencia de su realidad, que no era otra sino el desastre familiar —yo estaba enterado gracias a los hermanos de logia—, le encasqueté otra imagen, quizá divinizada por simple arreglo de padre custodio o, a lo mejor, porque ya la estaba queriendo distinto, y no le temía a mi corazón desbocado. El recuerdo aquel, en mi cama, cuando estuvimos a punto de amarnos sin límites y arrostrar la vida sin miedo, me perturbaba los sentidos.

Gracia

Cuando todo lo tenía dispuesto y se acercaba la hora para ejecutar mi plan macabro, pero dador de la calma necesaria y cediera ella su control para amarlo yo sola, se apareció la mujer que resultó ser mi madre desconocida, no memorizada en mi niñez perdida.

Venía acompañada por su amante, en un auto grande de lujo y ella misma venía con todo el lujo que cabe en una persona de clase. Y lucían bien con sus trajes lujosos, como si los llevara siempre a todas partes.

Me explicaron con una versión amañada porqué me dejó bajo la custodia y educación de la pareja dispareja de Fernando y la doña y, sin que se les ocurriera decirme toda la verdad, la horrenda, la que luego supe con detalles dolorosos, Fernando me entregó a ella con lágrimas en sus ojos, lágrimas que yo las hubiera bebido, como si bebiera agua en el desierto o un veneno, me daba igual. Doña Trinidad contenta, su cara llena de felicidad. El sufrimiento que yo le causaba quedaría resuelto de una vez y tenía razón en todo cuanto pensara de mí.

Me iría con mi verdadera madre y un padre putativo. Todos los planes se desmontaron y quedé con los sabores amargos de la frustración cuando pudieron ser de mieles en la boca, de disfrutar a mi amado sin la mala de la película. Pero comencé, desde ese día, a planear otra forma de enfrentarla para lograr lo que yo quería.

Nunca perdoné a mi madre Gregoria. No le perdoné que fuera a buscarme precisamente cuando la felicidad afloraba en mi vida. La perdoné por dejarme abandonada cuando era una niña, pero jamás por impedir mi felicidad, las ansias perturbadoras de tenerlo para mí sola, de gozarlo como lo hacía en el pensamiento, de adorarlo como mi marido.

Al fin y al cabo, sucedió lo que el destino tenía previsto. Mi padrastro murió, y murió tal vez como quería, atravesado por un florete de esgrima, su gran pasión, demasiado bien apuntado a un punto vulnerable sin la chaquetilla protectora. Dejaba una deuda de apuestas y francachelas que asumiría mi ennoblecida y desdichada madre. Ella tuvo que venderlo todo para abonar y quedó lo justo para un entierro digno, aunque nos quedamos en la miseria. Solo teníamos una lúgubre habitación que ella alquilaba, y entonces se le ocurrió volver al mundo que conocía y le diera las riquezas que nos duró tan poco tiempo. Se metió a ramera de las calles, sin base ni chulo que la explotara. Al principio los hombres la perseguían como una pieza de circo «la señora de don fulano, la rica, ahora degenerada ramera».

Todos los hombres putaños la buscaban. Pero los años y el cansancio no perdonan y se cansaron de la misma vieja que solo se emborrachaba con ellos, aunque lo hiciera por unos miserables centavos. El desastre que causaran lo heredé. Para sacarla de la crisis me metí a cortesana de lujo, una especie de ramera por solicitud. ¿Quién no desea revolcarse por un rato bien pagado con una doncella? Me vendía mi madre anunciando una virginidad imposible, pero los hombres son tan tontos que se lo creen todo de las mujeres. Cuando alguno descubría la mentira, nos mudábamos a otro pueblo. Así conocí muchos y variados hombres, que para mí buena suerte todos eran unos viejos que costaba parárselas, si es que fuera posible. Aun metiendo manos a los recursos de la magia de las piedras de alumbre y otras mañas de restauración, cuando uno me descubría, ella se disculpaba diciendo que «había sido virgen ayer, pero un bruto que nos amenazaba con un cuchillo, la desfloró al descaro». Caso resuelto. Conocí a muchos, pero ninguno

como el que yo había dejado atrás, el hombre de mi vida, tanto lo amaba y deseaba que haciéndolo con otros solo cerraba mis ojos y pensaba en él.

De manera que disfrutaba los avatares de la vida con la mente puesta en este día que llega hoy y frente a mi querido amor le digo que estoy bien y le doy un beso amoroso, pero con el cuidado de no delatarme ante la doña que me observa como si fuera un bicho malo que llega a comérselos, sobre todo a él.

—Entonces ¿vienes a quedarte? —él me pregunta con aire disimulado.

—Si me dejan, sí. Pasaré un tiempo hasta que mi novio venga por mí. Él no tarda. Vive en La Habana, es médico.

—¿Tu novio? —salta la doña— Pensé que ya estuvieras casada con uno de esos...

Ella enseña su arma preferida. Ya la conozco. Me reta al duelo de las estocadas que ya fui aprendiendo y volviéndome experta en solo dos años fuera de casa, fuera de su control estricto y vigilancia extrema. En la vida de ramera se aprende demasiado. Se aprende a fingir placeres y aguantar golpes, también a darlos, pero con estocadas mortales de meretriz sabia, cujeada en los amores fugaces. Mi estocada debe ser superior a la suya. Suelto la frase sin más ni más:

—Todavía soltera. Soy virgen.

No sé por qué lo digo, realmente. Tal vez lo hago para darle a entender que sigo sin experiencias y que mi presencia tiene menos riesgos de volverme enemiga suya, y de la cama, ni hablar, inocencia total. Esa trampa que le hago, si ella cae, le daría una ventaja ficticia a la doña y a mí, la oportunidad de colocar mis cañones a punto de tiro. O tal vez no. Tal vez lo digo para que él me desee entera, para que elija entre ella o yo. Para decirle en una clave entendible que me guardo para él. Toda para él, desde la primera vez que me le insinuara completa cuando salí desnuda una noche fingiendo que era un mal sueño de esos que dicen sonámbulo. Me paseaba delante de ellos dos —no sé cómo pude aguantar la risa— y la doña no atinaba a otra cosa que taparme el cuerpo con su cuerpo, confundida, o tal vez desconfiada, y él me miró, era bastante. Me miró y cumplía yo con mi propósito maldito de enseñarle lo que reservaba para él, un cuerpo de castidad inestimable que no había sido tocada por hombre alguno.

La doña se asombra, y ataca con malicia.

—¿Virgen? Ni las monjas, hija.

Se burla y tuerce la boca de mandar al revuelo palabras hirientes de las que estoy acostumbrada, y a pesar de todo me pincha, con la mala espina, el corazón. No puedo ni debo contestarle. Fernando escucha, evalúa los dos campos, nuestras armas y nuestro coraje, si hay trincheras o cañonazos. Se decide por una, por mí. Bendito sea.

—Bien. Yo creo que no hay ningún problema en que te quedes ¿verdad Trini? El cuarto sigue igualito.

La doña traga la saliva de la derrota. No debe manifestar su desacuerdo tan a la ligera. Bien, lo he logrado. «Ahora a dar el segundo paso, el más corajudo», me digo.

Cuando llego al cuarto reviso lo que dejé. Todo intacto ¿él me esperaba? No estoy del todo segura. Busco el hueco de mirarlo desnudo en sus baños y lo han taponeado. ¿quién descubriría mis ojos en la pared? Si él, lo taponeó para evitar que la doña lo descubriera y le diera un arma infalible en mi contra; pero da la sensación sabrosa de que, si advertía que yo lo contemplaba desnudo, se vuelve cómplice y me da una rica sensación de placer que ahora disfruto. Es mi primer logro, el conocimiento de que soy deseada tal soy. Saberlo pensando en mí, es una ilusión

temprana, pero ilusión al fin, es rica en sus sabores distintos, de miel y picante. Su conocimiento de mi perversidad sexual me da placer. Sentirse observado por una mujer y esa mujer sea yo, me da placer.

Por otro lado, si fuese la doña quien dispusiera taparlo, yo tengo un punto abajo, un punto de ahogo, un punto sin regreso. Ella se pondría más alerta que nunca y aunque no lo divulgara, no por precaución, sino por seguridad, para guardar su arma secreta y con ella golpearme. Me observaría de muy cerca, lo sé; y lo que dije del novio ficticio en la presentación no serviría para nada. Ella entonces me descubre la gran mentira con intenciones de quedarme y puede que esté preparando su trampa mortal desde este mismo momento. Es una lucha entre ella y yo, una lucha a muerte.

Descubro muchas acciones tuyas que demuestran que se está preparando poco a poco. Veo una bolsita sobre el marco de la puerta. Había visto una bolsa roja similar en la sala, a mi arribo. Lo confieso, soy una detallista compulsiva. La reviso. Tiene adentro tres cabezas de ajo. Es obvio que la doña se protege del mal de ojo ¿qué otros amuletos encontraré? Seguro que algunos serán para causarme daño, apartarme, disminuir mis encantos.

Seguro comienza a ponerme trampas. No dudo que el cólera, la enfermedad que da para matar, la tenga ella metida en su alma. Debo aguzar mis sentidos. Ninguna exageración de prudencia sobra para preservar la integridad. Eso lo habré leído en alguna parte. Nada asegura la vida más que la vigilancia y estar preparados para lo peor. Yo estoy preparada para enfrentar a la doña. Estoy dispuesta a todo con tal de salirme con lo que quiero y lo que más quiero es a su hombre para convertirlo en el mío. La guerra queda declarada de mi parte. Lo firmo con sangre de mi lengua que muerdo cuando lo miro y con la fuerza que me da el amor para ganármelo.

Trinidad

Cuando llegó la antigua vecina del frente, y me dijo que venía a buscar a su hija Gracia sentí una felicidad indescriptible y le di gracias a la Virgen.

Llegó rica y resplandeciente quien se fuera pobre y deslucida. Llegó de manos de un hombre muy rico y poderoso y buen tipo. Suerte la suya, de ramera a rica en doce años, una marca difícil de igualar. Aún bajo sus vestidos espléndidos se notaba la mujer dolida y ultrajada alguna vez, pero llevaba bien su porte y conservaba un dominio de la situación adversa que le daba cierta dignidad, lo admito por ser mujer y me identifico con ella. No obstante, cuando me pidió que convenciera a mi esposo Fernando para que le devolviera a su niña, me dieron ganas, aunque me impresionaba su carácter de meretriz triunfadora, me dieron ganas de mandarla al carajo y decirle en su cara linda de talcos y perfumes finos que era una degenerada sinvergüenza y mala madre. Pero no, escucharla otra vez cuando dijo: «me la llevo, si no hay inconvenientes», fue lo máximo. Se la llevaba lejos. Yo no tendría la presencia engañosa de la pérfida muchacha amarilla que pretendía quitarme a mi hombre. Fue la mejor noticia que me dieran en la vida.

—Claro, claro —le dije.

Si ella pudo notar mi entusiasmo o mis grandes muestras de placer al decirlo, me tiene sin cuidado. La felicidad se discute, como el amor, y se usan todas las armas disponibles para conseguirla, caiga quien caiga, duela a quien le duela.

Fue una ceremonia de despedida demasiado lenta, que la pude recrear distinta en mi cabeza, con la pachorra divertida de mi dicha recuperada. Fernando parecía afligido, no dudo que disgustado por la partida inesperada ya que él demostró quererla de verdad, sin mirarla como hombre. Pero la inocencia con tetas que teníamos en casa era una verdadera amenaza para nuestro matrimonio, y él lo sabía, porque mis celos no eran en vano. Y también parecía contento, cosa rara, porque él estaba muy claro que conmigo las cosas se iban a poner muy duras y hasta violentas.

Yo había presentado mis armas y Fernando conocía todo cuanto me sobraba de valiente y riesgosa en momentos de derribar lo que se me cruzara en el camino.

Él lo sabe bien, no puede jugar con mis sentimientos. Por eso cuando veo que llega la maldita hija de su madre, la Gracia, tan cabrona como aquella, que desea desgraciarme la existencia, quien recurva para retarme a un duelo de mujeres y en mi propia casa, lo enfrento:

—La esperabas ¿verdad?

—¿Yo? Claro que no.

—Pues no lo parece, mi cielo, y mal lo disimulas. Tienes los ojos virados al revés. Si te pincho no echas sangre.

—Me dijiste mi cielo. Entonces, no estás tan enojada conmigo. Descansa la mente, Trini. Quiero que sepas que tú eres todo para mí. Deja a esta muchachita en paz. Pronto la viene a buscar su novio.

Palabras suyas, zalameras y conquistadoras. Le creo. Siempre acabo creyéndole. Así es el

amor, un sentimiento insensato. Desde que lo conocí me gustó cómo se expresaba, con la energía suya, de capitán de barco en medio de la tormenta. Fernando me llena en la cama, no queda nada ni para otra cosa cuando acabamos de hacernos de todo, y de todo es de todo. Nada queda, solo rendirnos como si el mundo no existiera.

Pero lo malo no hay que mandarlo a buscar, como aquella vez, en mi cuarto del patio de la casa de don Juliano, cuando nos sorprendió. Fernando siempre tuvo sus dudas y nunca le aclaré porque donde hay amor las explicaciones sobran.

Don Juliano nos estaba velando. Él se sobrepasó muchas veces conmigo hasta que logró meterse en mi cama y no pude evitarlo. Me dominó como el majá al pollo. Además de fortaleza en su cuerpo era poderoso con la opinión, de influencias políticas, y era un degenerado que no tendría ningún inconveniente en hacerme polvo. Me mandaría a la cárcel sin pasar por un juicio, sin dejarme presentar una defensa.

Yo viví un caso similar con mi tía Francisca, sirvienta de una mansión de ricos comerciantes y se la zampaban desde el viejo señor de la casa, los dos hijos degenerados y hasta el cocinero, llamado Amparo, un antiguo marinero de mar y tierra. Todos la pasaban por la horca cada noche de sus descansos, hasta creo que la señora también la arrinconaba porque de ella se decían pareceres retorcidos, no sé si mal intencionados o justos. Eran todos unos depravados. Tanto la usaron que la pobre tía Francisca, que ya le había confesado al cura y contado a mi madre sobre su grave situación y ninguno pudo hacer nada para liberarla de la mala suerte de ser mujer y sirvienta, se metió al río y se ahogó en un silencio misterioso de varios días que la encontraron en un remanso cuando flotara y la vieran desde arriba, desde el barranco de la curva, por donde no pasaban ni los animales a beber agua. La vieron flotando, toda vestida de negro en su cuerpo negro y un papel escrito dentro de la boca, quizá su testamento o acusando a los responsables de tal decisión cetrina que levantaría un escándalo sin precedentes.

Yo no pude evitarlo la primera vez, pero en las siguientes, a una semana si acaso que llevaba trabajando, cuando lo intentara confiado de mi debilidad, yo me opuse con toda el alma poniendo también mi fuerza bruta de mulata con raíces en la esclavitud y en los hombres que pelearon en la guerra, bravos y sin miedos, aunque murieron en ella. Moriría asfixiada por sus manos potentes, pero no me lo cogía más el abusador perverso.

Él, Juliano León, acostumbrado a mandar y hacer cuanto quisiera, no perdonó mi rechazo y preparó el golpe. Me dejaba que lo sedujera, a sabiendas, para matar dos pájaros de un tiro. Yo lo había escuchado de sobre mesa. Dijo que el tal Fernando James aprendía rápido y lo traicionaría en cualquier momento para independizarse, y él le pagaba demasiado, que si lo sustituía por otro novato pagaría menos sueldo y con el mismo resultado. Fue cuando le puse el ojo encima, por simple curiosidad, y me gustó el hombre. Era trabajador y honrado, putaño, sí, pero decente y limpio.

Una vez conquistado, de puro gozo natural de mujer, empecé a quererlo, a necesitarlo. Me dejé vigilar del dueño porque deseaba amarrar a mi hombre y hacerlo mi marido. Fui cómplice, lo acepto, pero nunca lo pensé ni actuaba en un acuerdo desleal con don Juliano León, quien era, cosas de la cabrona vida, el culpable y el bienhechor. Yo aprovechaba las acciones deshonestas y desconsideradas del Juliano culpable del desastre que planeaba, porque estaba realmente enamorada de Fernando y en el amor todo se vale.

Fernando creyó que don Julián le regalaba dos sueldos para que se casara sin tropiezos económicos conmigo. Nunca lo desmentí para que no trajera al matrimonio una imagen equivocada y pensara mal de mí, pero eran dos sueldos míos sin cobrar. Dos sueldos debidos que logré me pagasen, aunque el miserable de Julián, para no enfrentarme, ordenó a su hermano Antón a que lo

pusiera en mis manos, y todo por la intercesión de doña Isidora, del buen comportamiento hacia sus criadas. Y ella lo anotaría en su cabeza de patrona como un regalo de bodas que en definitiva le agradezco.

Otra cosa, la casa la compramos con mis ahorros, que los traía de otro trabajo similar. Julián, si alguna gestión debía emprender y así lo comprobara, para nuestro bien, fue localizarla entre las propiedades de los vendedores que eran sus amigos del comercio. Conseguimos la peor casa, gracias a él, pero fue y es nuestro hogar, dulce hogar, que se anda convirtiendo en un infierno antes de empezar las hostilidades.

Le pongo la primera trampa a la niña preciosa que llega a perturbarme la paz. No tenía de otra si es que ella presentaba su frente de guerra. Pongo la trampa para comprobar sus habilidades.

Inventé el cuento de que tenía una pariente enferma en el pueblo cercano de Cabonico. Fernando quedó consternado, era de esperar. Pero la muchacha, envés de meter su pata liviana en el cepo, me dijo que me acompañaría. Tal actitud rompía mis planes de dejarla sola para sorprenderla. Tuve que renunciar al viaje con un pretexto. No sé si me engaña. Al parecer ha cambiado en algo su agresividad.

I

Las historias, por muy escondidas que anden, se cruzan. Cuando lo hacen resuelven confundirse o alinearse en bandos distintos. Aquí hay tres historias que tratan de encajar, en vano, y si lo hicieran, el misterio de La Trinidad sería resuelto. Bastaba con poner sobre el tapete los recursos y dejar que el destino hiciera lo suyo.

Gracia no durmió la noche de su llegada. Amaneció con sus ojos puestos en una película del techo que pasaban solo para ella y en donde se veía abrazando a su hombre.

Trinidad anunció que viajaría y ella pudo caer en la trampa que le tendían desde el primer día. Pero algo, quizá un Ángel custodio equivocado, un Ángel de la maledicencia, le soplara al oído que tuviera cuidado porque le tendían una trampa, y su respuesta no la esperaba Trinidad. Se ofreció para acompañarla y su disposición destruyó los proyectos de su enemiga. Gracia lo entendió así y se sintió satisfecha.

A continuación, ella fue habituándose a sentirse sola y pasaba todo el día encerrada en su cuarto. No debía demostrar ni una pizca de interés sobre Fernando y sobre todas las cosas del mundo no dar motivos para que la expulsaran porque los planes macabros de acabar con la enemiga ya estaban sobre la mesa de trabajo. Salía cuando la misma Trinidad, por solicitud de Fernando, la llamaba a la hora del almuerzo y para la cena. Apenas hablaban. Gracia se hacía la desentendida, Fernando el ocupado en otros asuntos, y Trinidad, la astuta Trinidad, se hacía la inocente.

Convencida Trinidad de que el huracán había pasado y solo quedaba el destrozo de su desaliento y un leve, pero mortal rugido de voces que desde la boca del Infierno de sus rencores le decían que tuviera cuidado con la intrusa y que perdería a su marido en sus brazos de mujer entrometida en su propia casa, así y todo, no perdió la ecuanimidad del vigilante ni el control de su propiedad en peligro.

Lo primero que se le ocurrió a Gracia, para dejar claro que ella no venía a quitarle el marido, fue cambiar su cama, de alto espaldar, para la pared donde estaba la cicatriz fresca de sus maldades, cuando se complacía en mirar desnudo al hombre de sus sueños obscenos. Lo hizo por si acaso fuese la doña quien descubriera el mecanismo de gozarlo entero.

Gracia suspiraba en las noches y se cubría el rostro para no hacerse notar y aunque no podía impedir que su cuerpo le pidiera el manoseo de las manos de un hombre, o de sus propias manos, rezaba para que les bajarán los calores y así pudo tener cierto dominio de la grave enfermedad del amor hasta que apareció un entretenimiento que la favorecía para no pensar en otra cosa y le aquietara la fogosidad. Dedicó sus días y noches enteras en una labor ardua de hacer botones. Llegó a tener un éxito sorprendente y ya le hacían encargos las costureras y clientes aislados. Pero aquello solo le daba la oportunidad paliativa del pasajero olvido, su principal problema no quedaba resuelto.

Una tarde ella escuchó pregones que entraban con una brisa refrescante anunciadoras de lluvia. Le gustaban los pregones. Lo mismo del carbonero en su carreta, más sucio que la tierra y que por

una lata de cinco galones, llena de buen carbón del marabú o el algarrobo, pedía unos centavos. Escuchó la voz chillona de Chola, la billetera, cuando anunciaba los billetes de la lotería que llevaba con alfileres en el cuerpo y un cartón donde colgaba los billetes.

Un pregonero nuevo escuchó. Era un pregón distinto, o tal vez lo mismo de siempre, pero una ventanita de memorias olvidadas se abrió. Salió a ver al hombre de la carretilla con una sola rueda y un pregón que la trasladó al pasado reciente: «Se afilan tijeras, tijeritas, cuchillos y corta uñas».

No podría responderse por qué relacionaba una cosa con la otra, pero recordó que había un anuncio en una revista que quizá no llegaba a circular a toda la población y solo los médicos las tenían. La revista mostraba un procedimiento novedoso para curar la enfermedad que padecían solo las mujeres, la histeria. A fin de cuenta, ella, como muchas, habían descubierto que dicho aparato inventado para desbaratar los arrebatos de las hembras sin marido, o con ellos, pero no las usaban en la cama con la frecuencia requerida, buscaban al doctor para que le administrara el recurso de la masturbación y les devolvieran el aplomo del cuerpo.

La propaganda para los galenos interesados lo expresaba: «Consiste en darle masajes en donde les sale las fiebres de los deseos ardientes que les ponen histéricas, y se resuelve el asunto rozándoles una parte especial con el artefacto y habilidades médicas». Lo mejor de todo es que, los galenos también disfrutaban, pero científicamente.

Gracia había adquirido uno de aquellos artefactos de autosatisfacción en los cajones ilegales de los bazares de moros en San Juan de los Palotes. Lo dejó en otro pueblo distante y desconocido donde tuvo que correr para que no las lincharan. Tenía que volver a esos tiempos o meterse a lo que sentía por dentro, a lo que siempre fue, una mujer libertina. Probó comprar el aparato singular, mitigante de fogosidades. Se dijo: «si no resuelvo con esto, me meto a puta».

Meterse a puta, estupenda y difícil decisión que siempre toma una mujer con esos pensamientos redondos, meterse a la vida libertina y en primera instancia. Esa sería la solución vehemente irreprochable. Desde el lugar que estuviera ejerciendo el viejo oficio llamaría a su hombre y este la seguiría hasta recorrer los pecados capitales. Sus planes nuevos rompieron los viejos descabellados de matar a la doña y le resultó conveniente, menos riesgoso y sin culpabilidad para que Fernando la admitiera y amara.

Aprovechó una tarde de martes, cuando las mujeres de la vida bajaban al pueblo, gracias a una autorización municipal aprobada por los veintidós concejales, las llamadas siete vestales, y ella, unida a dos compañeritas, se acercaron a la nombrada Casta. Hablaron con ella apartadas del sol bravo. Intercambiaron comentarios y asuntos de modas. Indagaron sobre sus enfrentamientos con los hombres y de pinturas labiales. Luego, aparte, donde nadie las pudiera observar, Gracia le dijo:

—Yo quiero ser como tú.

—Bueno, muchacha —le dijo Casta—, la que quiere, puede.

—Me parezco a ti.

—Sí, por las pecas —contestó la vestal.

—No solo por las pecas. Me parezco a ti porque mi deseo es complacer a los hombres.

—Los complacemos sin la ternura de la entrega.

Ella, sin entenderlo, bajó su cabeza rubia como si el dolor de pensarlo fuera de su alcance, lacerara su garganta. Casta, más sabia que casta, y más adivina que sabía, aseguró:

—Ya sé. Crees que metiéndote a esta vida distinta vas a conquistar a tu hombre.

Gracia levantó su cabellera con la gracia de su nombre y dijo:

—Exacto. Eso quiero ¿cómo lo supiste?

—Ay, hija, si logras meterte en el burdel de las vestales, aprenderás muchas cosas de la vida. Hasta podrás adivinarle los pensamientos al cliente.

Gracia rio. Algo ya sabía de aquella vida licenciosa. Le gustaba aquella mujer que hablaba lo que sentía, y saboreó la dulce sensación de que nadie la podía refrenar en sus acierto o desaciertos.

—Tienes talento y cuerpo y deseo ¿cómo te llamas?

—Gracia.

—¿Gracia? Bello nombre. Solo nuestra jefa, doña Amparo Clementina, admite siete mujeres en Las Magdalenas. Cuando falte alguna te tendremos en cuenta ¿Tienes familia?

—No. Vivo con unos conocidos. ¿Lo prometes?

—¿Qué?

—¿Me tendrán en cuenta?

La vestal apodada Pecosá, de las siete vestales del prostíbulo Las Magdalenas, sonrió y dijo:

—Lo prometo. Ya de corazón eres una de nosotras. Lo presiento.

Sin embargo, aquello fue un retozo. Aun con la vocación, dando los primeros pasos para atrincherarse en un burdel y obligada por las circunstancias adversas, ella prefería quedarse en la casa y estar cerca de él. Terminó por convencerse de que ella debía estar presente en la caída de su rival, y derivaría sus planes tremendos según rezaba el refrán: «Más labra el dueño mirando que dos yuntas labrando».

Las relaciones maritales de Fernando disminuyeron en cantidad y calidad. Era de esperar porque el tiempo hace que las pasiones mermen en intensidad, y era evidente que la presencia de la muchacha que encantaba a la serpiente guardada en su corazón ponía un antes y un después en el matrimonio. «todo empieza y todo acaba», se repetía como alentando su inclinación irremediable a ponerse las botas aventureras y marchar por tentadores y abruptos caminos.

Cuando vivía la plenitud del amor con su mulata, siempre supo que llegaría un momento en que las diferencias de edades serían abismales entre ellos, tan inseguras derivaban como caminar por un pantano. Lo peor es que ella se encargaba de recordárselo todos los días como si firmara una sentencia de muerte antes del evento culposo. Fernando no soportaba lo mismo todos los días y por lo general, cuando empezaba el tema, salía puertas afuera. Llegaba tarde en la noche y con algunos tragos.

Tratando de sacudirse el sambenito de la culpa, la buscaba en las noches, cuando ella se hacía la dormida y por dentro lloraba la falta de apetitos del marido y él la acariciaba y daba un enorme rodeo de besos y no llegaba a su destino; los brazos la abarcaban y no les daban calor. Faltaba algo en sus muestras de cariño que solo las mujeres intuyen. Faltaba el legítimo apetito de gozarla, de solicitar sus favores con la misma intensidad de los primeros días y, sobre todo, antes del arribo avinagrado de la perturbadora Gracia que se les atravesaba como una espina.

En este aspecto, Gracia no llevaba culpa. Que ellos no tuvieran la misma fogosidad y no se respetaran ya, no era su culpa a pesar de que su presencia era un simbolismo del atrevimiento.

Con la crudeza del ánimo ella lo apartaba y se disculpaba formulando un cansancio almacenado en el cuerpo por varios días. Nunca fue ese argumento una justificación creíble y

ellos lo conversaron en alguna noche de desvelo amoroso en los primeros días de felicidad. Y se juraron no incurrir en el pecado imperdonable de sortear con argucias las decepciones amorosas. Sin embargo, ella comenzaba a mentir y él a callar cuando lo admitía por conveniencia. La hipocresía en el amor es síntoma de alguna enfermedad casi incurable, el desgano.

El amor que sintieron alguna vez se aflojaba como la cuerda que ciñe dos cuerpos unidos, que, si a la intemperie del desinterés suelen quedarse por largo tiempo, aun a sabiendas del daño, se pudre y zafan sin remedio. Era una realidad prevista, y sin discusión no se arreglaría jamás. Se miraban y no podían entender qué les sucedía. Debieron preguntarse otra cosa a fin de preservar su matrimonio, pero se empeñaban en demostrar, la hembra, que el otro era el culpable del enfriamiento; el macho, que ella tenía toda la culpa. Y como la culpa no cae al suelo...

La vida les cobraba, inmisericorde, una factura que hasta ese momento no adeudaban, sus diferencias en el calendario quedaban a la intemperie, no solo al juicio de los vecinos, que ellos siempre les importaron un carajo, ahora quedaba a la evidencia de sus conciencias marcadas.

II

Trinidad cambió totalmente. Ella se sentía como la víctima inocente del desbarajuste provocado por Gracia y el consentimiento adulatorio de su marido.

Ella recibió los avisos persuasivos de que Gracia la enfrentaba, pues no había más que mirarle la amargura en la mirada, el paso táctico al andar, la voz agresiva. Gracia se volvía escurridiza pensando que sería difícil adivinarle las intenciones. Pero Trinidad, con el sexto sentido ejercitado en escaramuzas y asechanzas, actuaba con superior ímpetu en sus acciones y con muestras veraces de belicosidad. La guerra estallaría en cualquier momento, ambas estaban avisadas.

Doña Trinidad, un ejemplar único de generala atrapada en el desfiladero, fue minando los rincones, poniendo trampas en los pasillos, preparando fosos en el patio, y hasta el cuarto de Gracia, cuando la muchacha salía de la casa, lo fue haciendo insufrible. Convencida de que la lucha por su hombre era a muerte, utilizó todas las armas disponibles y otras que ni ella misma se imaginaba que existían. Acudió a la brujería, a los brebajes ponzoñosos, a bichos inmundos y, sobre todo, a lanzarle miradas de odio para meterle el miedo adentro. Pensaba que, en el conjunto, sus maquinaciones serían insoportables para que le cogiera miedo y se espantara antes de presentarse a la batalla final.

Ambas se acostumbraron a ser rivales empedernidas y letales, y sin embargo delante de Fernando se comportaban como si hubieran pasado una escuela de diplomacia.

Gracia dudaba si quedarse o abandonar el ruedo. Comenzaría a flaquear cuando un día amaneció con una muñequita de trapo pinchada con agujas. Le dio más gracia que espanto. Otra muestra de que su enemiga mortal jugaba sucio y no le daría respiros fue cuando salió al patio, pisó una tabla que ponían para evitar un charco en tiempos de lluvias, y cayó de bruces. La tabla estaba supuesta, preparada para ella. Pero esos dos ataques les parecieron una niñada, amagos tontos que desconocen las reglas para entablar un combate. Entonces, ya con los sentidos alertas, puso en práctica su plan de ataque.

Lo primero fue velarla como una sombra. La perseguía con la vista y los oídos atentos en cada pisada en el piso de madera, y, al pensar en la madera, recordó que, en la saleta de poco uso, en donde una mesa de comedor se atiburraba de cosas inútiles y ya ninguno la empleaba para comer, había tres tablas poco sujetas con clavos que necesitaba reparación y Fernando tardaba en decidirse a meterse a carpintero. Las zafó por completo. Las dejó en su lugar, pero como una trampa para cazar presas mayores en la selva, supuso que la doña las pisara y, por lo menos, le causara una rotura o dislocara su cadera, que para la vieja sería fatal.

Mientras la trampa la dejaba lista al beneficioso azar, ella recibía otro ataque. En la noche sintió los ardores de que un bichito se la comía. Encendió la luz y no encontró mosquitos dentro del mosquitero. Pasó la noche en un sobresalto, encendiendo y apagando la luz hasta que amaneció. Se levantó de mal humor. Supuso que allí había una muestra infalible de que la enemiga anduvo poniendo anzuelos en su cuarto. Desarmó con violencia la cama; sábanas, colchonetas, almohadas y hasta su ropero lo echó abajo. Descubrió diminutas manchas negras y apestosas en todas partes. Su memoria la llevó a lugares sombríos en donde la llevara la mala suerte de meterse a ramera con su madre desquiciada para sobrevivir, de pueblo en pueblo, de guarida en

guarida, de camastro en camastro inmundo. Vio entre los espacios más estrechos de la madera las madrigueras del bichito asqueroso chupador de sangre: «¡chinchas!» gritó.

Todo el día se lo pasó sacando al sol su infestada cama. Fernando quedó sorprendido al saberlo, no tenía idea del desastre ni podía imaginar que era solo una muestra del horror de la guerra iniciada en sus narices. Si hubiera tenido un mínimo de interés, su olfato detectaba el aire enrarecido del resquemor, la peste a hostilidades y, en los rostros de ambas mujeres, las miradas esquivas con la ojeriza en pleno desarrollo.

El asedio parecía que iba a terminar por parte de Gracia al verse atacada con armas sencillas, pero fuera de lo habitual. Es cierto que ella esperaba ataques al descubierto, rencillas despiadadas y palabras hirientes a la cara. No se daba cuenta de que la doña acumulaba años y mañas y que estaba peleando por su jurisdicción, por su suelo invadido, por su hombre.

No atacaría con iguales armas. Mantuvo la atención sobre la doña. En algún momento tendría una debilidad aprovechable, porque pensaba cambiar de estrategia: atacar con improvisaciones para evitar que la vieja experta le descubriera los proyectos y contraatacara la víspera. Sería la felina oculta asechando la presa descuidada.

Trinidad, en cambio, tenía en su mente otra manera de agredirla. Ya que Gracia no probaba sus platos, aunque Fernando, desconociendo hasta dónde había escalado la rivalidad, le pedía que comiera, que se iba a poner tísica. Gracia rechazaba con unas palabras abarcadoras que tanto decía una cosa como la otra, pues le dijo:

—Yo como casi siempre afuera ¿por qué lo hago? Porque no estás presente casi nunca a la mesa —lo miró con picardía— Y segundo, no menos importante, no me gusta cómo cocina ella.

Listo. En la clandestinidad de sus proceder se sentía protegida y le daba ánimos para prepararse a la lucha.

Lo dicho, Trinidad preparaba sus golpes con maestría de estratega. Sus recursos eran vastos y ninguno carecía de pruebas. Estaban suficientemente probados en el pasado, aunque pondría mucho cuidado de que Fernando no la descubriera.

Ya que las chinchas no le produjeron mayores daños, colocó picapica en uno de sus vestidos. Para tal agresiva muestra de su poder tuvo que esperar que pasara otro pregonero por la calle, de los que anunciaban con voces tronadoras la llegada de un circo o la puesta en escena de una obra en el teatro Presilla. Esperó hasta que sucedió. Un pregonero de jabones la movió del cuarto y Gracia no le puso llaves. Había pedido a Fernando que le pusiera un llavín a la puerta de su cuarto y este la complacía en todo. A pesar de que fuera recriminado por Trinidad, Fernando accedió. Pero ese día, apurada por salir y comprarle jabón Beta Azul al pregonero, ella no cerró como era usual. Trinidad aprovechó el descuido y embarró de picapica el vestido de frecuente uso.

Tuvo un efecto inmediato, aunque de poca magnitud el daño. Gracia se lo ponía cuando notó que le causaba picazón al tacto y, prevenida de que la enemiga suya estaba alerta al ataque, lo dejó caer y no se rascó la parte expuesta a las pelusas casi invisibles. Pudo controlar al escozor con una crema y su rencor hacia la doña creció, pero asimismo se daba cuenta que peleaba sucio y sería poco probable superarla.

Gracia no anotaba como antes los pasos que daba Trinidad en la casa, comenzó a improvisar como un asaltador de caminos que se topa de repente con el infeliz desprevenido en un cruce de la vereda.

Una tarde la vio, desde un agujero que abrió en la puerta de su cuarto, experta ya en desgarrar las hebras de la madera vieja. La vio dirigirse a la escalera y de allí al cuarto, y pensó en una siesta o algo olvidado que buscaría, porque la doña subía solo en las noches. Al amanecer bajaba

y no volvía hasta el anochecer, a preparar el cuarto y disponerse a dormir.

Lo encontró inusual. Algo tramaba en su contra o algún evento inesperado la obligaba escaleras arriba desvinculado de su costumbre. Estuvo con los oídos atentos y los ojos sin pestañar. Trinidad bajó vestida con ropa de salir. Era su oportunidad de dar un golpe macizo, un golpe del que no pudiera recuperarse, lejos de una caída con contusiones o partidura de huesos. Pensó en algo peor, definitivo.

Trinidad bajó las escaleras oliendo a sándalo, que a Gracia le apestaba a esencia de bruja. La vio salir y cerrar la puerta con un golpetazo. Gracia esperó unos minutos con la respiración espesa de quien la maldad le ocupa hasta los pulmones.

Estuvo parada en la sala sin que se decidiera a nada. Pensó: ¿por qué tiraría la puerta así? ¿para que yo la escuchara? Entonces ¿sería a propósito? Dudó en dar un solo paso. La casa era un campo minado. Donde quiera que pisara explotaba bajo sus pies la trampa que le tendiera. Su salida de improvisado no reflejaba otra cosa. Por otra parte, el miedo constituía otra de las armas que la «doña» utilizaba contra ella ¿qué hacer?

Habían pasado diez minutos en la misma posición, sin levantar un pie y sin pensar en otra cosa que en el terror de verse frente a algo inesperado y letal. Miraba a su alrededor en busca de un indicio, una huella que le indicara dónde estaba la mecha, el disparador. Eso pensaba cuando se le ocurrió poner el travesaño de hierro usado para asegurar la puerta con dos herraduras a los lados, y al ponerlo arriba, al abrir la doña, cayera en su cabeza y le partiera el cráneo. Iba concluyendo su mala obra cuando escuchó la llave hurgando en la cerradura, como si no encontrara el hueco. No podía se la doña, esa forma de llegar no era sino de Fernando. Rápido devolvió el hierro a su lugar, abrió con cuidado, se apartó y esperó su entrada, para saltarle encima y acabar con la distancia entre ellos y acabar con sus angustias.

Apareció Fernando con una borrachera insolente, fuera de tiempo y sin motivos aparentes. Él llegó y se tiró en el sofá de mimbre tejido. Ni siquiera la había visto parada como un centinela en medio de la sala en penumbra. Al segundo roncaba.

Ella se movió, lo que le sucediera lo ponía a él en igual peligro. Se sentó al borde del sofá y le pasó la mano por su cabello revuelto. Lo besó con ternura y lo miraba con amor cuando se abrió la puerta de la calle.

Trinidad los miraba sorprendida y se le iba subiendo el color de la rabia contenida y soltó la frase:

—¿Qué timbales tú le haces a mi marido?

—Llegó borracho, por tu culpa.

Lo dijo sin la maldad que suponía un ataque así y fue peor que si lo meditara. Trinidad se abalanzó al sofá y comenzó a golpear al marido que estaba tan mal por la bebida que ni siquiera abrió los ojos y solo emitió un bramido de muerte. Ella le palpó la cara y el brazo. No conforme con lo que buscaba con alarmas de enfermera puso el oído en su pecho y con dos dedos le abrió un ojo para buscar la vida en ellos pues no le sentía la respiración y estaba helado. Supuso que Fernando estaba al borde de una embolia, lo más común que ella había visto en toda su vida.

—Haz café fuerte, sin azúcar —ordenó a Gracia.

La muchacha se quedó con los brazos cruzados y respondió, sin inmutarse:

—Ve tú.

No era el momento para discutir. Trinidad se metió en la cocina. Gracia aprovechó para moverlo. Le abrió la boca, le metió sus dedos y lo hizo vomitar. Rugía como si lo estuvieran matando y la sala se tapizó de un líquido apestoso, agua y alcohol, verde y con fragmentos de vidrio como si se hubiera comido la botella con ron yerba adentro.

Cuando se asomó Trinidad para ver a su hombre que vomitaba la vida, ya él estaba con sus manos en la cabeza y parecía que le volvía el alma al cuerpo. Se recostó mareado y abrió sus ojos vidriosos. Vio a Gracia a un costado y a Trinidad parada frente a él presta a reclamarle. Les sonrió, porque sabía que no era bienvenido en ese estado de pena.

Trinidad, miró a Gracia y le ordenó:

—Limpia este desastre.

—Límpialo tú, ¡Ah, ¿qué te pasa?

Eso fue todo cuanto dijo. Trinidad sostuvo a Fernando con una fuerza de estibador y se fueron escaleras arriba casi arrastrándolo. Gracia se metió en su cuarto y no salió hasta el otro día, cuando Fernando estaba sentado en el patio y la Trinidad le lavaba los pies en una palangana.

Trinidad miró por encima del hombre de Fernando y la vio emperifollada de colores vivos y carmines y labios de tomate maduro, y con una mueca que ya se volvía rutinaria dijo:

—¿A dónde irá esta?

Fernando volteó el cuerpo y no dijo nada. Estaba tan mal que subió al cuarto y soportó las palabras crueles de Trinidad amenazándolo con que se divorciarían si continuaba con lo mismo.

Se quedó dormido casi en el aire, cuando caía a la cama, y despertó después del mediodía, cuando creyera que la tormenta había pasado y él se sentía revivido, pero como si se hubiera comido un búcaro de la sala, con la plantica y la tierra. Fue cuando recordó que en el bar había un tipo que lo desafió a que él no comía vidrio. Fernando ya tenía varios tragos y veía las cosas como si fueran inventadas en ese momento. Aceptó la competencia y se comió una copa. La masticó con lentitud hasta que los pedazos los trituraba y hacía pedacito que le daba lo mismo fuera cristal que limadura de hierro; y cada bocado lo bajaba con un trago. No pudo comerse el fondo y perdió la apuesta. Cuando llegaba a la casa ya no sabía si él era él, y estuvo frente a la puerta de entrada de puro milagro, como si alguien que lo conocía lo llevara de la mano. Gracia le abrió la puerta y todo lo demás quedó narrado. Él no lo recordaba con fidelidad, pero tenía la boca en sangre viva. Había vomitado el ron, la copa y la bilis.

Había un tumulto de hombres frente a la alcaldía municipal. Unos entraban y otros salían con apuros. Se comentaba de una muerte. Gracia se acercó a un grupo y preguntó el motivo de tanto alboroto.

—Murió la doña —dijo uno.

Ella quedó impacta. De momento le vino a la mente la imagen odiosa de Trinidad a quien ella le decía «la doña». Le vieron la cara incrédula y otro aclaró:

—Doña Amparo Clementina, la doña de las siete vestales.

Entonces comprendió. No es que entendiera la inmensidad de aquella muerte que todos prodigaban con deferencia a una mujer que ella desconocía, sino que recordó el pacto con una de las vestales, la Pecosá: «Te lo prometo», le dijo.

Aquel aviso de muerte era su oportunidad. Nunca una muerte le produciría mayor regocijo. «Unos mueren para alimentar a otros, la Ley de la selva», se dijo.

Corrió adentro, a ver personalmente al alcalde. Ella le fabricaba botones a la primera dama del pueblo para sus vestidos glamorosos, y lo conocía bien, aunque de apuros, en su propia casa, así que con estos documentos de identidad le permitieron entrar y verlo.

—Señor alcalde —dijo extendiendo su mano—. He sido enterada de la muerte de la doña.

Ella improvisaba. El alcalde la miró completa. Gracia era conocida por todos, era la comidilla

de la gente. Algunos decían barbaridades y otros la sacaban por los pelos del fango de las insinuaciones corrosivas. Le besó la mano sin otra ceremonia de bienvenida y dijo:

—Murió hoy, señorita. Acabo de enterarme y hay que arreglar el velatorio y el entierro.

—¿Tanto así?

—Trajo la prosperidad al pueblo.

Gracia estaba avisada por las lecturas que le hacía Fernando del hijo de la doña matrona cuando se peleaba con una fulana por asuntos que ahora entendía, eran de índole no solo políticas sino de poder absoluto.

—¿Usted irá a verla?

—Me preparo para ser de los primeros en darle el pésame a don Aureo Balbino.

Aureo Balbino, caía en la cuenta de que allí estaba presentándose la oportunidad de su próximo paso, el único que veía con posibilidades de triunfar sobre la doña perversa que le arrebatara al hombre amado.

—¿Puedo acompañarlo?

El alcalde la miró igual que cuando entrara, completa, añadiendo una sonrisita pícara que no pasó inadvertida para la joven.

—Puedes, sí, claro que sí ¿cuál es su gracia?

Él lo sabía, de sobra, por eso el juego de palabras que proponía. No se hablaba de otra mujer en el pueblo, aparte de las vestales. Era el plato fuerte, en las reuniones de hombres, en los juegos del póker, en las tiradas del coroto, en los asientos circulares incómodos mientras apostaban a los gallos en la valla.

—Gracia.

—Gracias, señorita Gracia —dijo el alcalde acentuando la cacofonía, y con una genuflexión que ella sintió ridícula —Usted delante.

Las Magdalenas, el burdel de las llamadas «siete vestales», estaba al final de la misma calle del vivac, el matadero y la valla, todo en línea, como en un acuerdo de muertes.

Aunque nunca las había visto, excepto a la Pecosca Casta, Gracia tuvo la sensación de que fueran amigas de antes. Estaban todas, las siete vestales que le daban fama al lugar, que ella pudo apreciar como un hotel grandioso, aunque apartado del pueblo, a orillas de un arroyo y rodeado de flores y matas de mucha sombra. Se bajaron del auto y fueron recibidos por don Aureo Balbino.

—Gracias por venir, alcalde. ¿Lo ha dispuesto todo como le pedí?

—Todo. Te presento a la señorita Gracia.

—Me hablaron de ti —la tuteó—. Luego quiero hablar contigo.

Ella desgajó una ramita que llevaba en la mano y con una sonrisa tímida, al oír sus palabras, dio su consentimiento. Él noto enseguida que allí había una mujer inteligente, que sabría comportarse y lo daría todo por el negocio.

Ella se sometería al remojo paciente de las pesquisas de don Aureo Balbino, porque con seguridad no le bastó con verla y percibir la calidad en el cuerpo vistoso ni se dejó llevar por el espejismo de la seducción. Estaba acostumbrado a las mujeres y lo mismo era conecedor de las perversas y las que matan con sutileza de veneno en la sopa, como de las candorosas que entraban, sin condiciones, en el ramo.

Si la escogían para meretriz, para sustituir a alguna de las muchachas, el primer golpe de ojo era importante, pero buscarían más, pues no se trataba de cualquiera para dar placer, sino que lo diera con el arte de las meretrices y cumpliera los tres Mandamientos del negocio creado por doña Amparo Clementina: «No tener desgana, darle precio a su trabajo y pecar con el cuerpo».

Gracia solo le dijo que sí con los ojos azules encendidos de alegría, y una sonrisa sutil, pero

expresiva, mientras el carmín de los pómulos subía de tono. Lo deslumbró a primera vista, ahora solo faltaba la opinión pública, y nadie mejor para darla, para garantizarle su entrada sin muchos criterios en contra, que la propia intransigente enemiga, la doña, Trinidad Marcelina, que ella la bautizó Trinidad del Calvario.

Ella se entrevistó con Casta, un martes de autorización para bajar al pueblo, en la joyería de Ojo Mágico, y allí sugirió a la casera, la mujer que la criara desde los tres años, junto a Fernando.

—A don Fernando ¿dónde puedo verlo?

—Prefiero que no. Él no aceptaría ni hablar contigo. Luego te explico.

—Explícalo ahora.

—Es una historia desagradable y larga.

—De amoríos, supongo —dijo Casta.

Gracia se vio atrapada. Sería mejor dejar todo claro desde el principio si deseaba cambiar de vida a través de aquellas mujeres grandiosas. Por su parte Casta no era tonta, y estaba en la pista de un conflicto familiar que, tal vez le convenía al jefe. Mientras menos opositores en la familia de la chica escogida, mejor. Si contratar a una muchacha del pueblo resultaba problemático, no lo harían. Habían aprendido esa política de la doña fundadora, Amparo Clementina Boca Tierna.

—Las dos queremos al mismo hombre —dijo de prisa, casi sin pensarlo.

—A don Fernando, supongo.

—Sí.

—A tu enemiga Trinidad ¿dónde la puedo ver?

Gracia recuperó su estado natural, de alerta y respuestas rápidas.

—Al doblar la esquina —señaló—. Y giras a la izquierda en la otra esquina. Casa número ciento dos.

Efectivamente. Trinidad fue visitada por la pecosa Casta, la que le seguía los pasos a Gracia desde el primer día que la conociera en la tienda, y ella le pidiera trabajo con una naturalidad sorprendente, que cuando lo contara entre las vestales vieron en la chica un portento de mujer que bien la sustituiría en el negocio de todas. Áureo Balbino también aprobó la gestión de Casta, y su esposa, doña Librada, la matrona sustituta de Amparo Clementina, estuvo muy de acuerdo con los primeros pasos, alegando:

—Si yo vine de forma distinta, y aquí me tienen, ella seguro encajará en el burdel si tiene interés.

Trinidad estuvo espléndida y comedida con la visitadora exclusiva. Además, siendo una de las vestales famosas, era mejor no combatirla de frente, ellas tenían poder y se comentaba que Áureo Balbino, el dueño del burdel y de casi la mitad del pueblo, se iba a postular para alcalde. Era el colmo del descaro, pero así se conducía la política.

—Entonces, señora —dijo Casta—, ya le dije que necesitamos a la señorita Gracia para llevarnos ciertos papeles y tenerla lista en cualquier momento para que nos represente ante la autoridad municipal ya que nosotras no podemos bajar todos los días, como usted lo sabe.

—¿Señorita? ¿Dijo señorita?

Casta se quedó seria. Mejor mantenerse al margen de los asuntos familiares. La dejó que lanzara sus venenos.

—¿Y usted me dice que ella se irá de esta casa?

—Si usted está de acuerdo, sí. Se viene a vivir con nosotras.

—¿Lo asegura?

—Se lo aseguro. Necesitamos saber primero si ella es una buena persona.

Los deseos de Trinidad de desaparecerla del mapa de su vida, como fuera, aun a costa de perder un brazo, se lo daban servido en bandeja de plata. Había que mostrarle sus condiciones excepcionales.

—Digo más, señora. Ella es lo mejor. Si ustedes buscan a una buena mujer para el trabajo con los hombres no hay ninguna mejor que ella. La garantizo.

Casta visualizó la jugada. La señora quería quitársela de arriba. Cuando llegó allí y tocó su puerta, estaba enterada de ciertas murmuraciones y ella misma había deducido que Gracia pretendía quitarle el marido a la señora Trinidad. No obstante, puso cara de tonta.

—¿Qué quiere decirme usted, doña Trinidad?

—Que es puta. Puta de nacimiento. Tengan ustedes, si le dan trabajo, todos los cuidados del mundo, no las vayan a dejar sin el negocio.

Ninguna recomendación, aunque fuera positiva, pudo darle mejor crédito a Gracia, y ella lo había pronosticado en su mente, como si la estuviera viendo, tanto la conocía.

El odio acérrimo, como el afecto sin límites, hacen milagros. Todos los extremos son malos, dicen, o resulta lo contrario, como se daba en este caso. Había salido estupenda la recomendación.

A Gracia, tanto en el velorio como en el entierro de doña Amparo Clementina, la matrona de Las Magdalenas, quien recibiera la muerte en una vejez tranquila en los alborotos del burdel más afamado, la estuvieron observando de cerca y de lejos

Ella notó la permanente vigilancia, como si la examinaran para un concurso de belleza. Supuso que medían con la vara de sus ojos cada pose suya; con la experiencia que acumulaban de la vida, le chequeaban la mirada; con sus oídos de animales nocturnos, la escuchaban hablar.

Ninguna de las vestales se le acercó para indagar ni le dieron muestras de que ella sería escogida, ni siquiera su investigadora, Casta la Pecosá. Pero cuando escuchó, frente al portón del cementerio Municipal San Gregorio, las palabras de despedida de Áureo Balbino, estuvo muy próxima a sentirse feliz y gritarlo. Él dijo:

«Como lo quisiste, ¡oh, madre santa! Aunque hoy te despedimos con profunda tristeza de nuestros corazones, nos consuela recordarte con cariño y con gratitud. Vete tranquila, madre, seguiré tu ejemplo y tu nieto Amparo Balbino lo seguirá, y te seguirán tus muchachas porque aquí están presentes las tres sustitutas de Casta, de Serenidad y de Modesta, las bien casadas, que te lloran sin consuelo. Volverán a ser siete, como lo pediste. Descansa en paz, madre, la obra comenzada en *El burdel de las Vestales*, tendrá continuación».

Nada podía ser más claro. Había sido seleccionada para sustituir a una de las tres casadas, y, probablemente, sus dos amigas, Josefá y Carmela.

III

Al principio no entendía el funcionamiento del burdel de las vestales. Pensó que no lo lamentaría si lograba su propósito, que no era acostarse con cualquiera que pagara, sino uno superior, atraer a Fernando hasta su cama, su anhelo más caro.

Después de un mes sin que ni siquiera saliera los martes a las compras que todas las otras hacían en las tiendas que preparaban para ellas, Gracia fue visitada por Librada, la nueva matrona y esposa del dueño, don Aureo Balbino.

—¿Qué te pasa? Nunca bajas al pueblo.

—No tengo interés.

—Debes buscar interés donde no lo tengas. Tienes que enterarte que las visitas al pueblo es nuestra propaganda mejor conservada y el recuerdo vivo de la doña.

Gracia empezaba a entender el juego. Casi todo su poder estaba en las varias propiedades y en la publicidad. Tuvo que abrirse para tener una justificación fiable:

—Tengo allá una enemiga que no quiero topármela.

—Tienes que cumplir con las condiciones del contrato que te hicimos.

—Iré al pueblo el próximo martes.

—Eso espero. En cuanto al hombre que amas, o lo olvidas o luchas por él. Y la publicidad, miya, me lo enseñó la doña, es imprescindible buenos anuncios para que se despachen los hombres con nuestra lozanía. Anúnciate allá en el pueblo y lo vas a traer a tus brazos.

Nunca fueron más claras unas frases de amonestación para augurarle la posible victoria.

Gracia no tenía la gracia de antes para hacer el amor. Sus días peores habían pasado, aquellos de poca gloria, cuando debía demostrar interés y sacarle hasta el último aliento al hombre que la montara. No solo dejaba de pensarlo, sino que le parecía bárbaro y alejado de su realidad. Los soportaba como si le tiraran unos sacos de tierra apesetosa encima. Con los hombres que trataba, en el preludeo del bar o en la humedad de cuerpos distintos en la cama, resolvían ellos no volver con ella en otra visita de amores pagados. «La rubia no es gran cosa», decían.

Ella, no obstante sentirse bien entre las vestales, no alternaba con ellas, ni siquiera con sus dos amigas de antes, que se incorporaron a finales de ese año y provocaron un escándalo tal que hubo necesidad de sujetar a sus parientes prejuiciosos con el uso de la Policía. No pasó a mayores porque ambas, Josefa y Carmela, estaban castigadas por sus verdaderos padres, quienes las mandaron a purgar sus desvergonzadas faltas al pueblo conquistado por las vestales. De manera que acabaron ellas cumpliendo con sus deseos de libertinaje.

Gracia se encerraba después del trabajo y llevaba una vida claustral, salvo sea la palabra, que produjo una inquietud de clan amenazado entre sus compañeras. Las seis se pusieron de acuerdo para visitarla.

Eran las ocho de la mañana del martes y todas quisieron ir a bañarse al arroyo, antes de irse a invadir el pueblo. La buscaron en el último cuarto y la sometieron casi a empujones con palabras alegres y dándole palmaditas en la espalda.

En la poza del arroyo la rodearon, como una flota de barcos de guerra contra una goleta desarbolada.

—Mija, tú tienes que levantar la cabeza si quieres triunfar.

Así comenzó la consejera Prudencia, la gorda, quien tenía experiencia en asuntos del corazón, aunque las otras no se quedaban atrás y cada una desplegó una sugerencia, una admonición o un aviso.

—No te dejes pisotear —le dijo la nueva, Carmela.

—Si en verdad lo quieres, tráelo, será todo tuyo y nosotras no lo usaremos —aseguró la china, Serenidad.

—La vieja que tiene no le dura mucho —dijo la otra amiga, Josefa.

—En la casa de las vestales, nosotras lo resolvemos todo —dijo Modesta, la negra pigmea.

—Dicen, no me creas, que los generales, sobre la cama resuelven los asuntos de guerra —remató Generosa, una mulata única.

Reían con el gozo de náyades. Ninguna le guardaba rencor por mostrarse huraña y al contrario de lo que suponía ella, le daban aliento y mostraban un cariño bonito por la causa que las unía.

—Somos siete. Trabajamos unidas. La que te haga daño es tu enemiga, y se busca seis enemigas más.

—Lo juramos por la cruz del gato —dijeron todas poniendo sus manos mojadas juntas.

Las frases de aliento de sus compañeras impidieron que su memoria, ocupada siempre por la figura de Fernando, no se contaminara con la presencia de otros hombres.

Mientras tanto, en el pueblo, en la casa del matrimonio que se tornaba infeliz, las cosas andaban mal para ellos. Ambos se enfrentaban a un enemigo interno calamitoso, el desamor. Cada uno por su parte no aportaba al matrimonio sino inseguridad. Trinidad fue la primera en explotar:

—¿Y a ti qué te pasa?

—Nada. Estoy cansado.

—Nos dijimos una vez que nunca diríamos esa mala palabra.

—Tú la dijiste montón de veces.

—Bueno, bien. Me arrepiento. ¿Me vas a decir lo que te pasa?

—Nada.

Peor. No pasarle nada era peor. El silencio mata, como la bala que dicen perdida. Mata.

Fernando no faltaba nunca al trabajo. Ya no bebía, pero se pasaba más tiempo en el trabajo, la logia, los bomberos y charlando con los amigos que en su casa. No soportaba los constantes desacuerdos con Trinidad ni le perdonaba que le dijera a la vestal, en su visita, que Gracia era perfecta para meterse a la mala vida. Culpaba a Trinidad del mal paso de su muchacha.

—¡Vaya, como la cuidas! ¡Si tú supieras!

—Respétame, Trini.

—Ella se metió a esa vida porque ella es lo que es ¿te lo digo?

—No lo digas, Trini. Mejor no lo digas.

—Una puta.

Fernando agarró su camisa de un tirón. Caminó hacia la puerta.

—No te vayas. No me hagas caso, son celos. No me dejes.

Salió sin querer escucharle las excusas ni los reproches. La camisa se la fue poniendo en medio de la calle. Miró a todas partes y no sabía qué hacer.

Él no soportaba oírla difamando de Gracia y no la soportaba ya en la cama. Todo había cambiado entre ellos. Ninguna muestra de desamor puede ser más evidente, ninguna cosa tiene el poder de matar al amor con mayor eficiencia como el desprecio. Se despreciaban .

Sus pasos lo hicieron doblar en la esquina. Tomó la izquierda y pronto se vio pasando por detrás del matadero municipal y a doscientos pasos si acaso, frente a la gran mansión verde de las vestales, frente a Las Magdalenas, el burdel donde trabajaba Gracia. No pudo entender por qué sus pies lo dirigieron hasta allí, como si la conciencia lo aletargara y volviera en sí enfrentando la realidad cruda saltándole en la cara.

Generosa lo vio llegar, lo vio echar un níquel al aparato de música con el corazón en la mano y pedir un trago doble de aguardiente de caña. Corrió al cuarto de Gracia. Tocó con desesperación de alarma de fuego.

—¿Qué pasa, Generosa?

—Tu hombre.

Gracia entendió. Allí estaba él, no lo esperaba de improviso, pero precisamente era lo que ansiaba y había pedido al Cielo durante sus días de soledad. ¿Qué debía hacer? Estaba un cliente en su cuarto. Suponiendo que fuera en busca de su hombre ¿qué haría con el cliente?

—No te preocupes. Yo le explico. Tú tranquila que sé manejar situaciones peores. Sigue con tu trabajo, que si se entera Áureo tendremos problemas.

—No puedo seguir.

Generosa entendió. La situación se tornaba delicada. Trató de ayudar:

—Bien, déjame hacerlo a mi manera. Le digo que tú no estás. No sé si me creerá, pero de que se lo digo, se lo digo.

—No.

Generosa no podía descifrarle sus sentimientos encontrados.

—Entonces, chica, ¿sí o no? ¿te peinas o te haces los rolos?

Gracia estaba indecisa. No quería que la viera Fernando en ese estado de flaqueza, agotada por el sufrimiento y los ajetreos de meretriz.

—Quédate con este. Yo lo atiendo, y a lo que venga, que sea rápido.

—Así se habla. Adelante, vestal, que no se diga.

Gracia encaminó sus pasos resueltos al bar. Fernando había tragado un cuarto de botella de ron, estaba desanimado y corrosivo. Cuando la vio apartó la cara. Ella se sentó a su lado y le dijo:

—Para mí tú eres una obsesión divina.

Él no la miraba y sus manos dejaron el vaso y buscaron su rostro, lo tacó con ellas, como queriendo detener un sollozo. Ella continuó:

—No sabría decirte si prefiero la muerte que este lugar donde no cabe mi amor por ti, pero lo hice para atraerte.

Fernando la miró por primera vez y como nunca lo había logrado, con total dominio de sus fuerzas viriles y deseos carnales. Ella se envalentonó creyendo que la rechazaría:

—Si prefieres, me olvido de ti, y si te vas ahora, será para siempre.

No pasó mucho tiempo para que Fernando reaccionara. En ese instante lo comprendió todo y apreciaba que ella le dijera la verdad sin andarse con mentiras o medias palabras. Él, de todas formas, estaba atrapado en el amor de aquella mujer magnífica, una jaula difícil de dejar sin causarse daños irreparables. Por otra parte, ya estaba decidido a dejarse de su mujer, no se entendían y faltaba el amor. Era una decisión difícil, pero ya estaba tomada.

El del bar salió de la barra y colocó tres níqueles en el aparato de música. La voz nostálgica de un cantante de moda se escuchó y sirvió de fondo para el abrazo que se dieron y el gran beso

ardiente que comenzaron con una pasión acumulada durante años.

El cantante del traganíquel cesó. Un brazo de metal buscó un nuevo disco cuando todavía se besaban. La canción nueva no era de desamor, como las que se escuchaban a diario. Era una voz que daba esperanza de vivir, de empezar de nuevo de enamorados felices.

Fue la negra Modesta quien los tocó en sus cabezas unidas para aconsejarlos.

—Oigan ¿por qué no se van al cuarto y acaban este asunto de la mejor forma?

Ellos sonrieron. Gracia lo tomó de la mano y se retiraron del salón. Iban por el pasillo con las manos agarradas, como dos novios. En la puerta del cuarto de Gracia estaba la gorda esperándolos, con una risa contagiosa y palabras de bienvenida.

—Dice la doña que tienen hasta mañana para resolver esto. Así que pasen y disfruten. Felicidades, mi amiga. Lo lograste.

En el pueblo, en la mañana del siguiente día de su desdicha, dentro de la casa donde alguna vez se movieron dos cuerpos unidos por los mismos intereses y pasiones, y luego, se movieron tres, Trinidad miraba la sala triste parada en el umbral de la puerta y detenida en el tiempo.

Ella trataba de recordar los mejores momentos con Fernando, pero una nube negra lo apartó de su cabeza y ella aceptó el olvido involuntario con una sacudida rabiosa de su pelo ondulado. Estaba consciente de que por culpa del destino había perdido su matrimonio. Veintidós años de matrimonio se iban en sus maletas preparadas para viajar lejos.

El chofer, amigo de la pareja en la unión dispareja y el divorcio previsto, tocó la bocina del auto que la esperaba para sacarla del pueblo. Ella echó una última mirada triste a la desdicha de su vida que dejaría para siempre y salió. Ya en el portal respiró hondo y al botar el aire junto a un suspiro de consuelo supo que comenzaba una nueva vida y estuvo conforme. No era la primera vez que enfrentaba una desdicha, estaba acostumbrada a caminar sobre las brasas.

Pensó que la esperaba otra vida, sin el hombre que amara como a ningún otro, pero, si alguna vez lo amó su deber era dejarlo ir. Y, en ese momento crucial, como si un ángel bienhechor le mostrara el porvenir, se le regó por el suelo del pasado los archivos de la memoria y no pudo recordarlo sobre ella, dentro de ella ni alejado de ella. Era como una magia que la protegería del dolor que avicinaba su fea cara por las rendijas de la infelicidad.

Si alguna virtud le dejaba la vida y ella atesoraba como su mejor bien, era creerse mortalmente feliz, y esa potencia inaudita, en las emergencias inesperadas, la dejaba bien equipada para enfrentar nuevos retos. Ella misma se puso el nombre que llevaba orgullosa, Trinidad de las Mercedes, de manera que ella misma se lo volvería a cambiar. Ella tenía recursos para toda contingencia; y en el horizonte desconocido que la esperaba, con la fuerza de una voluntad acerada, transitaría por senderos distintos buscando la dicha.

Nadie la vio partir porque nadie sospechaba lo que ocurría dentro de la casa y nadie sabría que ella dejaba atrás una historia de pecados y de amores, de lucha para conquistar y lucha para defender lo logrado, pero el amor viene y va y cuando desaparece y regresa, ya no es amor, viene con atuendos y olores y propósitos distintos.

Así como ella desactivaba con coraje un ayer de encuentros gratos y desavenencias, apenas estuvo sentada en el asiento respiró tan profundo que el chofer se asustó pensando en un último aliento, en una calamitosa y mala idea de quitarse la vida. Ella le sonrió y al pobre hombre de aspecto grato le volvió el alma al cuerpo. Con la mano enguantada ella dijo adiós al caserón ruinoso, y señaló, con la misma mano firme y decidida, al chofer que la miraba sorprendido, el

camino adelante para que iniciara la marcha.

IV

En el cuarto de Gracia estaba todo acomodado como en la inauguración de Las Magdalenas. Un olor de azahares cundía en el ambiente y el aire del ventilador de techo era fresco a pesar de los calores. El sol no quemaba fuerte tapado por las nubes que amenazaban lluvias y el cuarto estaba en una penumbra sugerente de cabaré. La música llegaba turbia desde el salón, era romántica y alegre, y se cortaba con el aire húmedo que entraba a raudales y era como si movieran la aguja del aparato de música. Comenzó a llover en alguna parte con truenos a la distancia inmedible. Ella abrió la ventana para que les entrara algo de luz natural y los olores a tierra mojada fue un bálsamo de amor.

No hubo más besos ardientes y se sentaron reposados a conversar sin tropiezos y sin que tuvieran que fingir ni con el miedo de que los sorprendieran. Un amor plácido, que es propio del matrimonio, los sumía en una unión tibia de anhelos tranquilos y prefirieron dejarlo a que se fundiera con sus sentidos más despiertos y se regara con los olores de amantes, cuando estaban listos para empezar el arrullo y para su amor contenido.

Al salir ella del baño, entró Fernando. Rosaron sus cuerpos en una parsimonia elegante y sin ensayos, pareciera que primaba entre los dos una pasión sosegada, tal si fueran casados y les llegaba la segunda luna de miel en el primer aniversario en un hotel de primera con el arrullo de la eternidad en la música del viento. No tenían apuros y cada minuto que pasaba, solo mirándose con deseos, acumulaba unas ansias enormes que guardarían hasta que el ritual de limpieza del alma y el fuego de los impulsos más tiernos no terminaran de acomodarse.

Mientras él tomaba un baño, Gracia peinaba con mucho cuidado el monte ensortijado de su entrepierna mirándose en un espejo. Al terminar le dio otro baño tierno con agua tibia y hojas de olor en la poca agua de una palangana, como si fuera un crío acabado de nacer. Luego de secarlo con el aire del abanico del techo, lo embadurnó con talco oloroso. Entonces, se tiró en la cama, bocarriba, con las piernas abiertas mientras Fernando entraba y ella, zalamera, le indicó:

—Mira como tengo la cucaracha.

Fernando sonrió, y la mirada con deseos de devorarla a besos interminables no pudo disimularla como hacía en otros tiempos. Le gustaba su atrevimiento de hembra, le gustaba cuanto dijera e insinuara hasta con palabras groseras, porque en la pareja todo valía y nada era obsceno. Después del baño había recuperado su buen estado de salud. Dejó caer la toalla grande que envolvía su cuerpo peludo, como a ella le gustaba, se sumergió con suavidad de nadador cauteloso en las aguas mansas de sus piernas calientes, metió las manos por debajo de los muslos, acercó la boca al triángulo abultado y oscuro y le dijo:

—Cucarachita Martina, qué linda tú estás...

Ella se arqueó a su encuentro, le sujetó la cabeza con ambas manos, lo miró con una angustia de hambre lasciva y contestó a la pregunta clásica:

—Sí, me caso contigo.

Ellos rieron con ganas antes de iniciar el amor, porque, entre otras cosas, Gracia sabía que el ratoncito Pérez no iba a dormir en toda la noche, y Fernando estaba seguro de que en la mañana no se asomaría a ninguna olla por la golosina de la cebolla.

La felicidad es como un juego de azar. Se debe llevar, en el juego de la vida, un saco para

ganar y un saco para perder. Ellos ganaron.